

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 33 - abril de 2012 - distribución gratuita - www.universocentro.com





UNIVERSO CENTRO
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA
—Juan Fernando Ospina
EDITOR

—Pascual Gaviria
COMITÉ EDITORIAL
—Fernando Mora
—Juan Carlos Orrego
—Guillermo Cardona
—María Isabel Naranjo
—Alfonso Buitrago

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
—Lyda Estrada

COORDINACIÓN COMERCIAL
—José Alejandro Zuluaga

DISTRIBUCIÓN
—Érika, Sebastián y Gustavo
CORRECCIÓN

—Paca y equipo UC
ASISTENTE
—Érika Acero

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 33 - Abril 2012
15.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

La vida en las novelas -vibrante, rabiosa- es un buen antídoto contra la muerte que se repite en las noticias -escueta, ordinaria-. No es fácil seguir las rutas de los jóvenes exaltados por la pólvora y la ideología. Dos libros de Philip Roth y Doris Lessing permiten mirar esos recorridos hechos a tientas. Lecturas obligatorias para el morral de las papas bomba.

EDITORIAL

al hombre que ingresó las armas al juzgado. Aunque finalmente fue declarada inocente de participar en el complot, el proceso penal le dio gran visibilidad pública y la convirtió en ícono de la causa revolucionaria de los años setenta.

Davis aparece brevemente en Pastoral americana, la novela de Philip Roth que ganó el Pulitzer en 1998. El libro narra la vida y caída de Seymour Levov, un empresario y padre de familia de Nueva Jersey con una vida perfecta que colapsa de repente: un día, Levov despierta en un mundo en el que Merry, su única hija, una adolescente tartamuda de 16 años radicalizada por el movimiento estudiantil contra la guerra de Vietnam, plantó una bomba en la oficina de correos del pueblo que mató a un amigo de la familia y luego desapareció en la clandestinidad.

Pastoral americana

por JAVIER MORENO

Angela Davis visitó Bogotá en septiembre de 2010. Durante su conferencia en el auditorio Leon de Greiff de la Universidad Nacional, un comando de encapuchados ocupó el escenario. Llevaban grandes banderas del M-19 decoradas con símbolos anarquistas y el logotipo de las Panteras Negras. Pidieron cinco minutos. Querían leer un poema. Querían decirle a Davis que ella era su modelo a seguir.

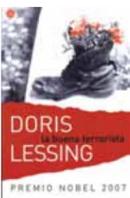
Davis es un referente del activismo de izquierda gringo. Profesora de la universidad de California educada en Alemania Oriental, fue miembro activo del partido comunista americano hasta 1990, candidata a la vicepresidencia en 1980 y desde hace muchos años ha sido una crítica feroz del sistema de prisiones de su país, que equipara a la esclavitud. En otoño de 1970, por dos meses, su nombre apareció en la lista de los diez fugitivos más buscados por el FBI. Su crimen: proveer las armas con las cuales se ejecutó una fuga y toma de rehenes fallida durante un juicio a miembros de las Panteras Negras. En el tiroteo murieron cuatro personas, incluyendo al juez que presidía la audiencia y

Dos años pasan y Levov, angustiado, imagina a Merry involucrada en la serie de ataques terroristas que un grupo de estudiantes ejecuta por todo el país. El seis de marzo de 1970, un laboratorio improvisado de montaje de bombas explota en Greenwich Village, en Manhattan. Murieron tres muchachos. Se rumora que dos mujeres lograron escapar a salvo. Una de ellas desnuda y quemada. Levov está seguro de que una de las dos es Merry. Para Levov, su hija es una víctima inocente de otros que la controlan y manipulan, una pobre niña rabiosa y asutada que no entiende la gravedad de lo que hace. Pero entonces Davis es capturada por el FBI en Nueva York y empieza a hablar en televisión. Levov mira a Davis, joven, altiva, elocuente y decidida, y ve a Merry. Davis se convierte en una suerte de médium de su hija perdida.

Una noche, sentado junto al mesón de la cocina, Levov habla con una aparición de Davis. El espectro lo acusa de ser un blanco explotador que sirve a la tiranía capitalista. Levov le pide que le devuelva su hija. Davis le dice que su hija es una pionera valiente de la lucha justa contra la represión. Davis lo invita a visitar Cuba.

Imagino a Davis como una lámina a la vez translúcida y reflexiva. De un lado de la lámina está Levov en 1970, tan ficticio y real, que mira a Davis y ve a su hija, a su inocente asesina. Del otro lado está una estudiante colombiana encapuchada en 2010, que mira a Davis y a través de sus ficciones idealistas se ve a sí misma. Tal vez es Lisaida Ruiz, la estudiante de la Universidad Pedagógica de 23 años que murió en la explosión de Suba. No conoce a Levov pero lo odia. Lo odia a cuarenta años de distancia con el mismo resentimiento de su hija. Detesta el mundo de donde proviene y lo que representa. Imagino una conversación entre Levov y la estudiante a través de Davis. Las mismas preguntas. Los mismos reclamos y acusaciones prefabricadas. Las consignas y respuestas reiteradas. La invitación a la utopía cubana. La exigencia del derecho a soñar. El discurso revolucionario inamovible por décadas, cómodo en su inercia, casi satisfecho, alimentándose de su ración regular de niños mártires.

Merry y Levov se ven una vez más, en 1974. Merry vive en un cuartucho miserable en Newark y casi no come. Es Merry pero no es Merry. No tartamudea. Abandonó el terrorismo y ahora practica el jainismo, una religión proveniente de la India que propugna el camino de la no-violencia. Levov quiere razones y explicaciones pero Merry no puede dárselas. Merry no está arrepentida. Sabe lo que hizo y también admite que puso más bombas y mató de nuevo. Fue ella y nadie más que ella. Levov no puede con eso. Merry cita a Frantz Fanon y le habla de la mujer revolucionaria argelina que actúa por instinto, sin imitar, representando el papel que le corresponde con tres granadas entre la mochila. Fue ella. Nadie la forzó. Levov no lo puede aceptar así que prefiere negarla. Ese monstruo que mata y no siente culpa no puede ser su hija. Su hija es pura, tartamuda e inocente, una niña para siempre. ☪



La buena terrorista
por PASCUAL GAVIRIA

En 1983, Doris Lessing publicó una novela en forma de relato etnográfico sobre un grupo de jóvenes radicales en los suburbios de Londres. La pequeña tribu vive en una casa abandonada y dedica su tiempo a la supervivencia, las excursiones nocturnas a profanar algunos muros, las salidas en grupo a manifestaciones antisistema y los coqueteos con el IRA. Las opiniones de la tribu están basadas en la frustración, los panfletos a una tinta, el odio a los modales de la reina y algunos estribillos irresistibles contra el orden burgués. Su rabia los convence de que podrán volcar un sistema al que llaman fascista poniendo su hombro contra los escudos de los policías, tirando las basuras, quemando los cajeros electrónicos. El IRA es una sombra prometedora y distante, una milicia más seria y más poderosa que ofrece blancos bien elegidos y explosiones. Pero el grueso de la pandilla resulta ser demasiado teatral para el trabajo delicado de los dinamiteros, muy discursiva y muy primaria para quienes deben batirse en la clandestinidad.

Los jóvenes "actores" de la novela *La buena terrorista* no pueden escapar de una lógica simple de odio o deslumbramiento. Desconocen tanto al monstruo contra el que dicen luchar como al atractivo animal nocturno que realiza los principales ataques contra el Estado. Los moldes que han formado su discurso y su personalidad son apenas un boceto algo torpe pero ya se han secado irremediablemente. No han tenido muchas opciones para refinar la argumentación: algunos golpes han ayudado a forjar ese caparazón de ideas y postulados. Será difícil escapar de la rebeldía adolescente, del embrujo que trae la palabra revolución.

La militancia dura como imitación, como un antídoto para huir de un mundo mediocre y frívolo. El peligro como garantía de que se están asumiendo roles importantes. Los chicos gritan sin control en medio de sus discusiones, replican a sus opositores con un escupitajo contra la pantalla del televisor. Pero arman sus cocteles con un ceño de reflexión en la frente. Están entrando en un campo serio, sienten pertenecer a uno de los poderes contrapuestos que mueven el mundo. No son los jóvenes que en agosto pasado pusieron en jaque a David Cameron, el primer ministro inglés, en medio de una quema de carros colectiva y una semana de saqueos anárquicos y más o menos espontáneos. Para ellos está el asombro frente al lenguaje de las organizaciones ilegales, la secreta alegría de respetar una nomenclatura.

En el 2005 el laboratorio de química farmacéutica de la Universidad de Antioquia estalló en medio de una protesta contra el TLC con los Yankees y la reelección presidencial de Álvaro Uribe. Dos estudiantes muertas y quince heridos dejó el

experimento contra el imperialismo y el ES-MAD. Los casos se repiten con la regularidad de nuestras noticias trágicas. Hace un año en la Universidad de Nariño donde fueron 8 los heridos en trance de armar las papas para un bochínche. A finales del año pasado murió un estudiante de la Universidad Santiago de Cali con 6 papas en su mochila. Hace unos días volvieron a anticiparse los estruendos. Murieron 4 estudiantes menores de 24 años. En Suba, al occidente de Bogotá, los 3 jóvenes preparaban sus cargas en la casa de los padres de uno de ellos. En Tunja fue de nuevo el estallido del morral del "artillero" de su grupo de revuelta.

Todos podrían estar en la novela de Doris Lessing que termina con Faye, una joven simpatizante del IRA, muerta bajo su propia bomba. Lo que era un intento por quebrar unos cuantos vidrios para lograr un titular de prensa acaba con un cadáver en la morgue de Londres. Alice, una de las compañeras de Faye en su aventura extrema no entiende qué pasó, se siente transportada a una dimensión extraña, ahora ve todo distinto, está aturdida. Pero el desastre siempre busca una justificación: "Las personas corrientes simplemente no lo entendían y era inútil esperar que lo hicieran... Alice se quedó sentada con lágrimas en los ojos, mientras pensaba, ¡pobres, pobrecitos, simplemente no lo entienden!, como si tuviera entre sus brazos a todas las pobres tontas personas corrientes del mundo".

Hace poco un profesor me decía que los únicos liderazgos estudiantiles fuertes en nuestras universidades son ejercidos por estudiantes muertos. Tal vez ese sea uno de los problemas, el heroísmo que excluye la posibilidad de los argumentos y multiplica el fervor de los radicales. ☪



El canazo donde dejé de fumar

por ANTONIO NAVARRO WOLF

Ilustraciones: Verónica Velásquez

En agosto de 1980, cuando me sacaron de la Escuela de Caballería de Usaquén después de 20 días de "interrogatorios intensos" como los llamaban mis captores —demasiado intensos, diría yo—, llegué a las 6 de la mañana a la cárcel, esposado dentro de un furgón, y La Picota me pareció una prisión hermosa. Un preso que me oyó decirlo, pasó el rumor que yo había perdido el seso en las caballerizas.

Esperando sentado en un ladrillo a que llegaran los funcionarios del Consejo de Guerra que se adelantaba contra el M-19, vi que desde una ventana situada a 50 metros de distancia un hombre me hacía señas. Un "patinador", como llaman a los presos autorizados para moverse al interior del penal, me preguntó qué quería de desayuno. Era una invitación del hombre que me hacía gestos



litarios. Hay detenidos que completan diez años sin probar comida hecha en la calle, pues la gente de afuera los ha olvidado por completo.

Cuando llega un preso nuevo lo ubican en un pasillo llamado "recepciones". Allí le miden el aceite. Manda, por ejemplo, a comprar una gaseosa con un "patinador" y si éste le trae la bebida pero no le da el cambio, el preso en periodo de prueba debe conseguir un cuchillo e ir a exigir los suyos al "patinador", quien se lo entrega sin discutir. Si no hace el reclamo, el recién llegado deja el antecedente de que se la pueden "montar" y que tal vez es un cobarde. Por ese camino termina lavando la ropa de otros presos, la mayor humillación que puede haber. Y violado de "mujer" de un matón, para peor suerte.

Sin cuchillo o chuzo a la mano, un interno está en alto riesgo. Los guardianes hacen periódicas requisas en que desnudan a los presos alineados, pero éstos se las ingenian para esconder las armas blancas antes de la empelotada. Cuando uno ve que todos empiezan a poner la espalda contra la pared del patio, es porque hay una pelea. Nadie quiere correr el riesgo de que en el desorden le den una puñalada por la espalda. No hay gritos. La pelea dura hasta que entran los guardianes y separan los contendientes, siempre con uno o ambos heridos o muertos.

Cuando llegué fumaba como lavandera muca. En algún momento, el "Ganso" Ariza, preso en otro pabellón, decidió monopolizar la entrada de cigarrillos. Durante una semana se acabaron. Y cuando volvió a haber Pielrojas, estaban al doble de precio inicial. Las mafias operaban también allí.

Allí descubrí por que los leones enjaulados dan vueltas sin cesar en su prisión. Los presos "patinan", o sea voltean imparablemente en los patios. Al principio no sabía que pasaba y a los pocos días estaba haciendo lo mismo. El encierro nos pone a todos a caminar sin pausa por los bordes de del estrecho recinto en que se está.

Los prisioneros menos complicados son los que trabajan. Están en los talleres todo el día, reciben algo de dinero y tienen la mente ocupada. Pero existen muy pocos talleres y la gran mayoría sin sacados al patio después del temprano desayuno para volver a los pabellones con la "cena". El resto del día están "patinando", jugando cartas, parques o dominó, o fumando marihuana cuando consiguen plata para pagarla. Porque con dinero todo se consigue en la cana.

A la depresión se le dice "la causa". Los "encausados" no quieren ver ni hablar con nadie. Y no los interrumpa, porque nada mas peligroso que un preso con la "causa en la cabeza".

Allí descubrí el valor del trabajo manual. A los del eme no nos dejaban ir a los talleres, así que teníamos que inventarnos trabajo dentro del pabellón en el que estábamos. Cuando no estaba trabajando en la construcción de un túnel de escape desde un segundo piso, sobre el cual escribiré en otra ocasión, me dedicaba a repujar cuero y pasaban las horas sin sentirlas. Otros compañeros tejían mochilas de fibra nudo a nudo, hacían sandalias, tallaban figuras en marfilina, la de las bolas de billar. La "causa" se aleja con el trabajo hecho con las manos.

"Los vendedores de cabezas" eran presos que servían de intermediarios para conseguir sicarios que hicieran adentro el trabajo pagado por gente de afuera. Uno de ellos organizó, no sabemos para quien, el asesinato de Carlos Toledo Plata, entonces la figura mas conocida del eme en la cárcel. Un mes estuvieron dos tipos buscando como hacerle "la vuelta" a Toledo. Como sabíamos del riesgo, le

teníamos una escolta permanente de 6 compañeros armados de chuzos carcerarios. Finalmente los tipos se trabaron, nos confesaron todo y pagaron su traslado con el anticipo que les habían dado. No cumplieron su misión porque estaban seguros de que si le disparaban a Toledo, nuestra escolta los mataría. La pistola la encontramos debajo de un baño, por datos que nos dieron los sicarios, que se describían a sí mismos como "carne de cárcel".

Esa "carne de cárcel" la conforman presos sin esperanza, con largas condenas, a quienes no les importa recibir una pena más. Creen que nunca van a volver a la libertad.

A las 6 de la tarde encerraban a cada uno, o por parejas, de acuerdo al hacinamiento que hubiera, en celdas de 3 metros de largo por 1 metro de ancho. La puerta metálica la aseguraban por fuera con tuerca y tornillo que ajustaban con una llave inglesa hasta la mañana siguiente. Tenía cada uno una botella de plástico para orinar que se vaciaba y lavaba cada mañana. Si tenía diarrea, mala suerte. Tal vez gritando a media noche tendría la fortuna de que un guardián se conmoviera y lo desatornillara para permitirle ir al baño. Si no era así, de malas.

A las 5:30 de la mañana abrían las celdas y las duchas. Al fondo del pasillo había una docena de ellas, sin válvula de cierre individual ni paneles separadores, estaban 1 hora echando agua para que se bañaran los internos. A las 6:30 se cerraban y ni una gota más durante las próximas 23 horas. Había también unos sanitarios que quedaban sin agua una vez cerrado el grifo principal, por lo que tocaba almacenar agua en tanques de 55 galones para usar los baños durante el día, vaciándolos con baldes.

Los días de visita eran lo mejor de la semana. Los sábados no tanto, eran visitas de hombres que iban a hablar de política con nosotros pero no llevaban ni almuerzo y tocaba compartir con ellos la ración de la cárcel. Los domingos nos bañábamos bien, compartíamos un frasco de loción que alguien conseguía y nos preparábamos para la visita de las mujeres. La mayoría no recibía ninguna, pero era chévere ver señoras y muchachas alrededor, con ollas de comida que compartíamos entre todos. Lo difícil era llegar a las 4 de la tarde y verlas salir mientras nos quedábamos encerrados. La "causa" de los domingos al final de la tarde era la peor de todas. Nada es gratis en esta vida.

Una vez al mes podían venir niños a La Picota, traídos por las mujeres. Allí, preso, conocí a mi hijo mayor, Camilo. Les organizábamos títeres y nos disfrazábamos de payasos para divertirlos, pero mi Camilo de dos años de edad lloraba inconsolablemente casi todo el tiempo. Duro conocer al primogénito en esas circunstancias, pero repito, nada de lo que uno haga está libre de costos.

Si la situación de los pabellones normales era precaria, la del de los presos con perturbación mental era peor. Estuve un par de veces allí, de visita aclaro, y era conmovedor ver los internos por ahí tirados en el suelo, algunos muy desnudados porque los guardianes se olvidaban de darles comida. Claro que no faltaba tal cual "vivo" que se hacía el loco para conseguir penas menores y evitar las "culebras" en otros pabellones.

Allí, en ese reclusorio viejo viejísimo, destartado y sucio, pobre de solemnidad, lleno de condenados sin esperanza, para tener algo bueno que recordar de esos dos años perdidos, dejé de fumar para siempre. ☪



De caravana

por ANA LUCÍA CÁRDENAS

Fotografía de la autor

Que Argentina es Buenos Aires, que los argentinos no son latinos y después de la dictadura no se dejan tocar de un policía, que allá solo se baila tango, que Spinetta y Charly son los únicos dioses. Mitos que llegan hasta nuestros oídos desde el silencio de las postales y el ruido de los turistas y que se derrumban estrepitosamente al son del baile que cada semana anima ese personaje grande que es La Mona Jiménez, en esa noche que se llama *ir de caravana*.

Empecemos por el principio, una cosa es Buenos Aires y sus porteños, y otra, el resto de miles de kilómetros de provincia y provincianos que completan la Argentina. Algo de eso ha llegado a Medellín con los Chalchaleros y Mercedes Sosa. Así como suena de distinto un tango de una samba, así de distinta es la gente de la capital a la del resto del país. Cuando uno se acerca a la provincia el país empieza a explayarse, gigantesco sobre sus reales proporciones, entonces de la tierra brotan algo más que vacas y uvas y su corazón suena más parecido al zapateo en rimbombos de la chacarera y el tiringuinguinging del litoral, que al bandoneón.



Córdoba es la ciudad grande de ese mundo de provincia y se ve chiquitica al lado del gran Buenos Aires. El acento con que allí se habla, reconocible a kilómetros por el oído humano, tiene un ritmo entrecortado, nada que ver con el suavizado *scho* con que los porteños dicen yo. Y es allí donde hace años nació Juan Carlos Jiménez Rufino: La Mona Jiménez.

La primera vez que la escuché mencionar pensé en la imagen de una señora rubia, después de un segundo tuve que preguntar y me dijeron que no, que La Mona, la mica le diríamos aquí, era el padre del cuarteto, esa músicaailable de los barrios populares de Córdoba que ahora hace de las fiestas, de cualquier clase, una fiesta de verdad.

En este viaje por fin encuentro a un amigo fan dispuesto a llevarme de caravana. Es noche de verano, en todo el día la temperatura no ha bajado de 38 grados. Comemos tarde y me tomo unos mates mientras espero que vengan a la una de la mañana, para ir con tiempo suficiente al baile semanal de La Mona. Aunque para mí es de madrugada la noche apenas comienza.

En diez minutos llegamos a San Vicente, uno de los barrios más populares de la ciudad. Nada de aretes, ni que tenga valor, me habían dicho todos. Las advertencias fueron el primer síntoma de que entraba en un país distinto, a medida que nos acercamos al Club Sargent Cabral esa sensación se acentúa con cada nueva pinta que nos encontramos: mujeres con mucha producción, como dicen por aquí, nunca había visto tanto esfuerzo en las argentinas por ponerse divinas. De verdad estamos llegando a lo que en Latinoamérica se conoce como baile. Una fila para las mujeres y

otra para los hombres, ellos pagan más, las chicas están tan cómodas con el montón de maquillaje como con el precio de la boleta. Después de pasar por la taquilla nos encontramos con la Policía: se me vienen a la mente varios amigos argentinos escandalizados por cuenta de las requisas a las que fueron sometidos en Medellín. Aquí se supone que no existe tal cosa, a mí, que estoy acostumbrada, me importa un bledo, pero con la Policía, como siempre y en cualquier lugar del mundo, lo peor está por llegar.

Cuando entramos el lugar todavía está medio vacío. Al frente, una tarima bien dispuesta y en un rincón de la discoteca con pinta de coliseo, el lugar para conseguir un Fernet con Coca. El otro infaltable de la noche. La tercera bebida nacional, y yo diría que la primera local, de la que no se puede separar el cuarteto. Ya viene hacia nosotros el kit imprescindible: una botella de plástico con suficiente Fernet empacado, un vaso gigante de Coca y una bolsita de hielo.

En la tarima está cantando con su banda un chico de unos 28 años: camisilla nueva que deja ver unos bien ejercitados brazos, varios tatuajes y bluyín. Es el hijo de La Mona que abre la noche en un derroche de entusiasmo de estrella de la canción que no tiene nada que ver con lo que está pasando abajo. La poca gente que ha llegado casi ni lo escucha, todos conversamos y preparamos el Fernet, tomamos varias rondas entre risas y miradas furtivas alrededor, para ir ubicando a los presentes en una especie de reconocimiento de manada. Por supuesto nosotros somos de los extraños, nos miran un poco de arriba abajo y el asunto se zanja devolviendo una mirada cortés, sin asomo de condescendencia. Cuando menos pensamos todo se llena, hay más de 1.000 personas, la mayoría entre los 20 y los 30 años, algunos, bastantes menores. Al lado nuestro hay un grupo de chicos que no pasan de los 16, todos hombres, concentrados en sus charlas, ajenos al atento y prudente estado de cacería que debería suponer una manada de cachorros en un baile.

Y ahora sí, a lo que vinimos, después de que el hijo de La Mona termina su show hay una pausa. Silencio. Aparecen alrededor de 12 músicos en escena, de todas las generaciones y fajas, el primero es el hijo, que hace de corista, también hay un guitarrista que debe rondar los 70 años, el pelo visiblemente teñido de rojo cobre, un rostro cada- vérico e inexpresivo, excepto porque parece no tener ningunas ganas de estar ahí ¿Estará vivo? De un momento a otro uno de los más jóvenes sale del teclado y toma el micrófono para anunciar lo que viene al estilo "agüita pa' mi gente", todo el mundo grita, alza la voz para ser más exactos, porque lo que realmente surge, como una exclamación, son las manos arriba, las manos de todos que repiten frenéticamente un gesto parecido al de los sordomudos cuando aplauden.

La Mona sale al escenario. Tiene más de 60 años, es un tipo chiquito, de contextura gruesa y fuerte, de pelo negrísimo y rizado que le llega a los hombros; trae unos pantalones que combinan Fiebre de Sábado en la Noche con Adidas, celeste Argentina, con letras de tela blanca cosidas sobre el azul que dicen: La Mona. Saluda personalmente a mucha gente, las manos arriba no paran de moverse, hacen señas, La Mona les responde y con cada seña que hace con sus manos menciona en voz alta un barrio de Córdoba, los más jóvenes se suben a los hombros de alguien para que él los vea, no a ellos, sino al barrio que representan con una seña. Se bajan cuando él los mira, reconoce la seña, nombra el barrio con un nombre en señas que él mis-

mo se inventó. La imagen es hermosa y abrasadora. La temperatura sube por lo menos cinco grados en un par de minutos.

Empieza el baile. El cuarteto es una especie de merengue acelerado que obliga al bailarín a zapatear un poco. Al principio nadie baila y al final de cada pieza nadie aplaude, eso sí, cada canción es gritada por las mil gargantas, apasionadamente, y de vuelta, están las señas. La Mona anuncia que las chicas quieren bailar y pide que les dejen espacio. Junto a nosotros pasa un intento de "ronda" que consiste en unas 10 o 12 mujeres que bailan cogidas de la mano mientras abarcan todo el espacio desplazándose en un enorme círculo. En ese momento se deja venir la policía, nos dicen que nos movamos. Frente a mí, uno de los chicos, o no se da cuenta o se hace el boludo, y no se mueve a tiempo para que el policía pase. El cana lo coge de un brazo, lo mira fijamente, se le acerca hasta empañarle los ojos, y con el bastoncito que lleva en la mano le da unos golpecitos no tan suaves en la quijada, le repite que se mueva "porque hay que hacer espacio a la ronda de las chicas". Al muchacho le da miedo, a mí también. El policía no está jugando, como le conteste algo le parte la cara, y él, que acaba de pagar 20 pesos para estar ahí, agacha la cabeza y se mueve del lugar.

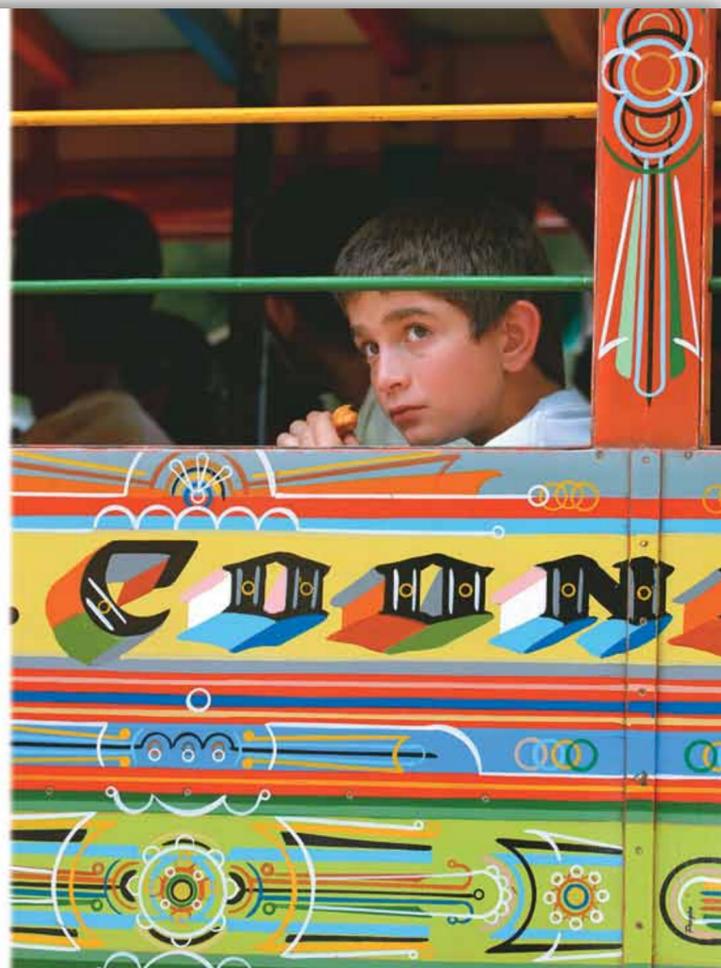
Lo siguiente que recuerdo es estar metida en la ronda bailando cuarteto como si se fuera a acabar el mundo, tocan una de Wilfrido Vargas y por fin yo también puedo cantar. En una pausa la banda sale a descansar y anuncia que volverá en unos minutos. Nosotros nos vamos. Todo ha estado muy tranquilo pero parece que la clave es salir antes del final que es donde se arma el quilombo, me lo creo, esto tampoco es el paraíso; y el Fernet, combinado con el despecho y la ropa empapada de sudor, no debe ser buen consejero. Es la madrugada, nos vamos a tomar algo antes de irnos a casa, imposible intentar dormir así no más. Somos tres mujeres y un hombre, pronto, la conversación deja de ser sobre La Mona y pasa a ubicarse en el montón de papacitos que había en ese lugar, de ahí en adelante una charla femenina imposible de repetir.

Antes de conciliar el sueño me digo: La Mona no tiene nada, ni belleza, ni voz, ni música, casi ni letras, que dicen muy poco, pero parece que lo dicen es, porque lo que se ve en este lugar es a miles de personas cantando como solo se canta eso que habla de nosotros mejor que nosotros mismos. Eso es el cuarteto, pero sobre todo, eso es él, no hay nadie que lo reemplace. Los nuevos cuartereros ni se atreven a imitarlo, sería ridículo, porque él es el tipo que hace que existan, el barrio existe porque La Mona lo nombra y le otorga un gesto a alguien que está cansado de no saber quién es. En el baile La Mona habló de Cosquín, el festival de música folclórica más importante de Argentina, acaba de llegar de allí. Hace 12 años también lo invitaron y a las tres canciones lo sacaron a silbidos por el lío que se armó con los fans que lo acompañaron. Creo que lo que pasó en realidad es que esa música de "negros" no era para ese escenario casi sagrado. Ahora volvió a terminar lo que empezó ese día. Al final de su presentación en Cosquín, como aquí, lo aplaudieron sin remedio y sin descanzo. Parece que los "negros" son, además de cuartereros, muchos, y se están haciendo respetar, ellos también son argentinos. ☪

Porque la vida entra en las palabras
como el mar en un barco,
cubre de tiempo el nombre de las cosas
y lleva a la raíz de un adjetivo
el cielo de una fecha,
el balcón de una casa,
la luz de una ciudad reflejada en un río.

Luis García Montero
(Granada 1958)

Porque el futuro es confiar



Desde 1936 hasta 1945, el filósofo antioqueño Fernando González escribió, editó, dirigió y distribuyó la Revista Antioquia, una publicación independiente desde donde atisbaba y se burlaba de ese perpetuo show que representa la realidad política y mediática en Colombia, "usando el derecho que tiene todo ciudadano para gozar y hacer gozar con el espectáculo; ahí está lo invaluable de la vida, en que es gratuita representación". Bajo lemas como "Vivimos a la enemiga," "Somos piratas" y "¡Al diablo con el éxito!", este panfleto se presentaba como un anti-manifiesto constante que consolidaba la certera voz de González y, a su vez, se apropiaba de una voz común, la voz de Antioquia.

CONVOCATORIA

Hasta el 22 de junio de 2012, la resucitada Revista Antioquia (con sede en Casa Tres Patios en Medellín) estará recolectando material para su nueva edición. Aunque con énfasis en contenido literario y de texto crítico, esta itineración de la revista pretende también incorporar material gráfico en su edición impresa y multimedia en su versión online. La curaduría del material que compondrá esta nueva edición se realizará mediante comités editoriales abiertos al público, en donde los autores y editores participantes propondrán las nuevas reglas de la publicación. Una exhibición final y un evento de lanzamiento anunciarán el futuro de esta turbulenta empresa.

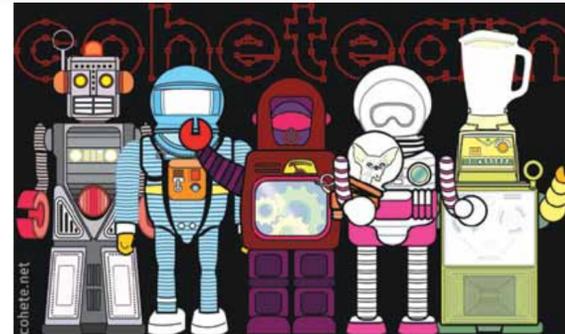
CONDICIONES La Revista Antioquia, enemiga y no copartidaria, se encuentra en busca de material para su nueva edición. Como en ediciones pasadas, el contenido de la Revista Antioquia "jamás causará heridas dolorosas, acariciará apenas", pues la ambición es nuestra enemiga. Y Antioquia es una revista mesurada.

Artistas y escritores, cuya obra entienda también que "casi nunca se comienza acariciando se falla", están invitados a enviar material inédito, en cualquier género y formato, hasta el 22 de junio de 2012 a: revistaantioquia@gmail.com. Propuestas de contenido audiovisual —que harán parte de la versión online de la publicación— podrán ser presentadas durante los meses de junio y julio de 2012 y contarán con soporte técnico, estudio y equipos en la ciudad de Medellín. Cada autor está invitado a enviar múltiples propuestas, pero solo una de ellas será elegida para ser parte de la edición final.

El material seleccionado será incluido en la versión impresa y virtual de la revista. Dicho material NO será directamente acreditado a su autor, dado que la publicación busca configurar una voz común. En su lugar, tanto la edición impresa como la virtual dedicarán una página para mencionar a colaboradores de manera no jerárquica. Los autores escogidos estarán todos invitados a participar en las mesas de redacción y en la planeación de la exposición final.

anti-oquia.org
revistaantioquia@gmail.com

CasaTresPatios
Carrera 50 A # 63-31 / info@casatrespacios.org / Medellín, Colombia



Fortalece tu amistad
con el planeta

atierra
en derecho ambiental

Carrera. 43 a # 15 Sur -15. Oficina 802.
Teléfono 57 (4) 326 80 29 Medellín - Colombia

www.atierra.com.co

Subienda: el ciclo fecundo de La Magdalena

por JUAN ALBERTO GÓMEZ DUQUE

Fotografías del autor



Vicente Salas vino al mundo a pescar. Su padre no tenía por qué saberlo, ni para qué. Poco importan las vocaciones cuando se nace a orillas del río grande de La Magdalena y el pulso de los años se mide en subriendas: la pesca se impone por destino y por necesidad.

“Tenía cuatro años cuando mi papá murió, pero me acuerdo cuando caminaba detrás de él, de peñón en peñón, y lo veía lanzar la atarraya mientras mi mamá ayudaba al nicuro”, relata ahora Vicente, cincuenta años después, jalando la chinchorra que, a medida que se cierra contra la orilla, deja escuchar el chapoteo de los peces en la superficie del agua.

Por los meses de enero a marzo de cada año, Vicente llega a este sitio del río llamado San Fermín con su compañero Ómar Betancur, arman su rancharía y repiten la faena de tantos años, cuya acción principal denominan lance: extender la red trazando un semicírculo contra la orilla, e irla cerrando para enseñar los peces, que terminan agitando en la ribera lodosa en un reverbero plateado y un palmoteo de aletas.

“El día de nosotros es la noche. Comenzamos a las ocho y echamos lances cada hora. Por la mañana, uno de los dos saca el pescado a vender al comercio de La Dorada, mientras el otro se queda haciendo la comida. Así se nos van los días en subienda”, refiere Ómar.

El calor del día los hace preferir la noche, pero también el ruido de personas y motores de canoas que ariscan el

pescado. “En la noche hay menos bulla y el pescado sube más orillao”, explica Vicente. Por supuesto, los peces no le huyen al silencio nocturno de La Magdalena, populoso de grillos, ranas, cigarras, murciélagos y remotas alarmas de guarachacas. “Pero si usted pudiera ir a esta hora a Honda y a Puerto Bogotá, donde yo nací, vería el gentío pescando día y noche”.

“La subienda es como una piñata”, comenta Vicente; y él desde muy niño se preparó para la fiesta: “en el barrio cosíamos pedazos de redes viejas y les aplastábamos tapas de gaseosa a los extremos como semejando las plumadas, entonces las lanzábamos en los solares y decíamos que las hojas, los palitos y las piedritas que cogíamos eran los pescados”. Así, el juego los iniciaba en el oficio familiar, común a muchos habitantes de Honda y Puerto Bogotá, las dos poblaciones que se miran, cara a cara, desde las orillas del Magdalena, entre los departamentos de Tolima y Cundinamarca.

La subienda es migración de peces, pero también lo ha sido de pescadores a lo largo del río Magdalena, y un día Vicente cogió su canaleta y se fue río abajo a encontrar la desembocadura del río La Miel, donde la pesca era abundante y el río encantador. Estacionó su canoa en el corregimiento Buenavista del municipio de La Dorada, le gustó el lugar y se quedó a vivir. Pero cada año, por subienda, sigue levantando el cobertizo de paja que constituye la rancharía en el sitio San Fermín, sobre el Magdalena, a unos veinte minutos en canoa desde Buenavista; y aunque ya tiene motor y usa carpas en vez de plásticos, el ritual y la ilusión siguen siendo los mismos. “Antes, los pescadores nos movíamos más por el río; es una canoa con motor remolcaba otras cuatro o cinco hasta los sitios de pesca, pero ya nos volvimos más estacionarios en las rancharías y ya nadie tira canaleta. El precio del pescado tampoco justifica moverse, por el costo de la gasolina”, me sigue contando Vicente mientras selecciona los nicuros y bocachicos, cuidando bien de que sigan tocando el agua debajo de la red para devolver los más pequeños al río.

He contado cinco lances y la pesca es buena. Vicente y Ómar extienden el chinchorro, seleccionan los peces y los depositan en un cajón de 160 centímetros de largo, 60 de ancho y 40 de alto que permanece medio sumergido en el agua, para mantener el pescado vivo y entregarlo más fresco. El último lance es a las cuatro de la mañana y hay que apurarse a ensartar el pescado para llevarlo a vender. Lo derraman sobre un plástico, pero antes hay que rayar los nicuros, es decir, hacerles una incisión en el vientre para permitir que el hielo enfríe mejor las vísceras. “Ahora hacemos yuntas hasta de 35 pescados que pesan entre cuatro y cinco libras pa venderlas a tres o cuatro mil pesos, dependiendo de cómo esté el mercado, cuando hace quince años las hacíamos con diez pescados”, apunta Vicente. Con el desgaste del recurso se hace difícil cumplir con las tallas mínimas, que para el nicuro es de 18 centímetros y para el bocachico de 25.

El carraspeo desapacible de las guarachacas va llenando el aire, y las líneas del horizonte definen mejor las franjas que van entre el gris claro de la masa de agua, el azul oscuro de la vegetación y el gris azulado del cielo que empieza a insinuar la claridad. Vuelan los primeros cormoranes, y los cantos de chilacos, torcazas, trespiés y sanjuaneros compiten con las nubes de golondrinas atravesadas por el vuelo de garzas estridentes. Diviso otras tres rancharías que deben estar consagradas a la misma tarea que apunta a Vicente y a Ómar, porque a las seis deben estar listos en el lugar adonde llega la camioneta en la que transportarán el pescado hasta el mercado de La Dorada. Cuarenta sargas llenan el vientre de la canoa. Vicente toma un baño en el río y prende el motor.

Apenas se disuelve el ruido del motor, tomo súbita conciencia del peso de la noche y el ruido trabajo en el rostro de Ómar. Me invita a la rancharía y se ocupa de encender el fuego. Con un gesto amable rechaza mi ayuda, y aunque me siento inútil, el cansancio vence a la vergüenza lo suficiente para no insistir. Me duermo en la hamaca con el efecto sedante de sus movimientos ceremoniosos y su voz serena de viejo pescador.

Cuando despierto, Ómar sigue hablando. Parece no importarle que el sueño le hubiera robado mi atención. Me ofrece tinto con pan. “Pal almuerzo voy a preparar viudo de pescado”, me dice y se acuesta un rato.

Mirando el río es inevitable notar el vuelo constante de los rayadores cerca de la ribera, que abren el pico para trazar con su mandíbula inferior una incisión fugaz sobre la superficie del agua buscando alevinos. Su tamaño, de unos cincuenta centímetros, la envergadura de sus alas, de más de un metro, así como el color blanco rotundo de su parte frontal, que contrasta con el negro del plumaje y el rojo de la base del pico, imponen su presencia en el paisaje e invitan a la contemplación; lo que en mi estado significa una invitación al sueño.

El ojo de la piñata

En Puerto Bogotá conocen a Vicente por el apodo de “Tuna”, y así lo saludan cuando llego con él al barrio Patio Bonito, donde creció. “De pelao me decían pilatuna y con el tiempo me fui quedando Tuna”, me explica con una sonrisa. Su “vieja”, doña Emelina, se emocionó al verlo. Se le colgó del cuello, le puso su cabeza en el pecho y luego alzó la vista: “está flaco mijo”, le dijo. “Siempre he sido así mamá. ¿Ya no se acuerda?”. Por lo menos, yo puedo asegurar que desde hace tres años que lo conozco, lo he visto igual: ligero y ágil como una canoa de ceiba amarilla.

“Mucho gusto don Urbano”, saludo al hermano mayor de Vicente, otro veterano pescador que al enterarse de mi interés por la subienda se transforma en un surtidor de historias. No le oculto mi ansiedad por llegar al río, pero es difícil resistirse a tan experta inducción. “Aquí toda la ribera del río tiene sus dueños. No tienen títulos de propiedad pero se ha respetado la tradición. Cada punto de pesca es una *camá*, o sea que son sitios en la orilla que los pescadores arreglan con piedras y cemento cuando el río está bajito. El *pescaco* se entra a descansar ahí pa superar la corriente y así es más fácil cogerlo con la atarraya”, me explica Urbano.

La propiedad o derecho de pesca en esos puntos se va heredando, y el número

de propietarios no pasa de doce que se rotan en turnos de una hora. El propietario es libre de ceder o alquilar su turno, y en este caso el pescador es un *turnero*; pero para vender su derecho vitalicio debe consultar a los demás, que evaluarán al comprador: “si vemos que es una buena persona y que es de aquí, de pronto lo aceptamos”, complementa Urbano. Hace poco se vendió un derecho por seis millones de pesos, pero se han transado hasta por quince millones. “Es que pescar en un punto ya *arreglao* es muy diferente y le garantiza mejor pesca”, sentencia. La cotización del turno depende de la época y del precio del pescado, que fluctúa entre diez mil y cien mil pesos.

Domino mi excitación mientras me acerco. Desciendo torpemente por una callejuela y desemboco en La Magdalena. Una franja estridente de casas y cantinas flanquea el hervidero humano que se agita al lado del río. “Miré usted: aquí el río es más caudaloso y angosto, entonces los peces se orillan y es más fácil cogerlos”, me dice Vicente extendiendo la mano. En la ribera de enfrente, la de Honda, el hormigueo no es menor, pero son más evidentes los estragos del invierno, que la transformó en una montonera de rocas bajo una cornisa anómala de paredes sobre barrancos socavados. “Honda se quedó con la fama, pero la subienda tradicional se vive más en Puerto Bogotá”, me asegura otro pescador que se acercó a saludar.

En algunos sitios las *camas* están delimitadas por espigones de roca y concreto; incluso, en el extremo las coronan toscas plataformas acompañadas de una especie de poceta para echar el pescado. Este es el caso de El Fondazo, donde tiene el derecho doña Emelina, que lo heredó de su esposo don Jesús, y en el que pesca don Urbano. Pero también están las *camas* de La Oreja, El Manso, El Chisguete, La Moya, El Moyete, La Mina, Piedra Rucia, La Planchera, El Rebozo, El Ancianato, y unas sesenta más hasta el emblemático puente Luis Eduardo Andrade que une las dos poblaciones.

Todo comienza en El Remolino donde el caudal se estrella contra la Peña y forma la moya de Santa Marta. Allí pescan con las atarrayas desde las canoas

que circulan incansantes en todas las direcciones. El movimiento de la orilla corre por cuenta de los compradores, turistas y curiosos; también de las casetas en las que se vende licor al son de los vallenatos.

Cada arte y aparejo exige su destreza y hay quienes prefieren la cóngola, una especie de nasa, o red en forma de bolsa, sostenida en los extremos arqueados de dos largueros. Con ella escarban el fondo para atrapar los peces. En esta actividad, a la que llaman *guambiar*, Estiven, de once años quiere volverse experto para responder al desafío burlón de sus amigos del barrio La Caimana. “Me dijeron que yo no era capaz de pescar y por eso me vine a esta subienda. Ya he sacado varios peces y me ha parecido muy divertido. Ahora me respetan más”, declara Estiven parado en una roca e izando la cóngola como un estandarte.

Es domingo de puente festivo en pleno Carnaval del Río y el Pescador, la fiesta tradicional de Puerto Bogotá. El panorama confirma la definición de Vicente sobre la subienda. Todos se afanan por agarrar lo que más puedan, aunque la mayoría son pescadores ocasionales. “La subienda es una redención económica para mucha gente, también es diversión y encuentro. Para los niños es como un dulce”, cuenta Erzaín Castellanos, que llegó de siete años desde Villavicencio, aprendió el oficio y también es comerciante de pescado, que aquí llaman *moinos*.

El *moino* compra el pescado en la orilla, lo hace ayuntar y rayar para venderlo a los mayoristas. A las encargadas de ayuntar o ensartar el pescado en cogllos de palma de noli o de iraca se les llama corincheras, y cobran cuatrocientos pesos por yunta o sarta, que se compone de unos treinta nicuros y se vende a cuatro mil pesos. Las guayungas son las sargas con nicuros de mejor tamaño y se venden hasta en quince mil pesos. “Tengo mucho que agradecerle a la subienda, con ella pago las deudas y le doy estudio a mis hijos”, dice Umbertina Olaya, que en un día puede armar ochenta yuntas.

A esta altura del recorrido Vicente se ha disuelto en la boruca, pero el ambiente cordial y la actitud abierta de la gente ya

no exige anfitrión. Puedo moverme a mis anchas, entre rocas, atarrayas y cóngolas, pescando entrevistas y observando.

Los baldes se llenan con nicuro, bocachico y capaz. Familias enteras disfrutan la faena, los peces se cogen hasta con las manos y las atarrayas exigen esfuerzo para desplegarlas. Así encuentro a Andrés de doce años y a Elibeth de diez, seleccionando el pescado que su papá, Luis Sandoval, les acercó enredado en la atarraya. “Soy de Abejorral, Antioquia y hace 34 años trabajo en la subienda, pero el resto del tiempo sobrevivo de la venta de agua y gaseosa en los buses y de las cosechas de café en pueblos como Villeta, Guaduas, Sasaima y La Vega. También voy a Antioquia y a Caldas”.

Elibeth no se muestra menos cordial: “Me gusta venir acá, es más divertido. Juego con los nicuros y le ayudo a mi papá”. “Yo juego en la arena mientras ayudo a *desengravar* el pescado”, dice Andrés antes de saltar a mirar un pez que cayó en la red. Él encontró un blanquillo y yo lo perdí a él. Pero hallé a don Gonzalo Rojas, el pescador más antiguo de Puerto Bogotá. “Póngale cuidado pues mijo porque no le voy a repetir”, levanta el índice sin hacer caso de la grabadora. “Llevo 55 años dedicado a la pesca y cuando comencé aquí había una sola canoa. Nos tocaba llevar el pescado hasta la estación del ferrocarril, *desagallao* y *estripao*. Póngale bien *cuidao*. Allí me lo comparaba Plutarco Díaz, y si a uno lo dejaba el tren perdíamos el pescado”. Don Gonzalo desgrana nombres de viejos pescadores: todos muertos. “Yo también me voy a morir en el río porque no sé hacer otra cosa. La subienda es el pulmón de Puerto Bogotá, le da trabajo hasta a los viejos que ya no contrata nadie. No se le olvide lo que le digo. Escríbalo bien”.

Se interrumpe para ayudar a servir el viudo de pescado. Para eso extiende maderos sobre los que apoya tablas. Luego las cubren con hojas de plátano y cuidadosamente van sirviendo arroz, yuca y papa. Los nicuros hacen cadena con los bocachicos, rodeando el plato. Ómar y Vicente invitan a comer. Cruzan las piernas. Observo sus torsos desnudos, la expresión reposada, el alimento dispuesto: el sentido íntimo de la subienda concentrado en un instante. ☪

El pan que hornea el río

Me despierto en la hamaca con la voz de don Gonzalo en la cabeza: “ponga *cuidao*. Escríbalo bien”. Los rayadores siguen pasando y Vicente ya ha regresado: parece satisfecho. El calor sube. Mientras Ómar prepara el viudo de pescado,

Visita guiada Colombia a través de la fotografía

En unas biografías Malcolm Deas aparece como colombiano, en otras lo tratan de colombiano y en las más recientes es un colombiano a secas. En 2008 el historiador inglés recibió nuestro pasaporte gracias a su curiosidad, sus libros, sus imaginaciones, sus ideas y su memoria sobre este país. Recorrimos con él su álbum de historia de Colombia. 5 láminas.



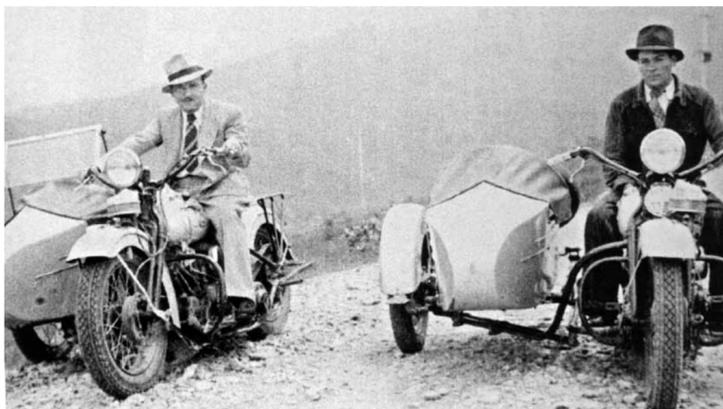
“En esta foto vemos al presidente Mosquera jugando ajedrez con su sirviente después de que lo tumbaron del poder en 1867. Mosquera se hizo fotografiar en esta actividad para mostrarle a su público que él con su grandeza sabía manejar tanto los buenos como los malos tiempos. Mandó a hacer copias de esta fotografía para distribuirla entre los ‘Mosqueristas’, convirtiéndola en la primera imagen tomada con fines políticos y publicitarios en el país”.

El General Tomás Cipriano de Mosquera en la prisión del Observatorio jugando ajedrez con su sirviente Francisco Montenegro, 1867.



“Vargas Vila fue el primer colombiano que hizo fortuna con la pluma y en su momento se consideró el gran corruptor de la juventud del país. Fue un novelista bastante planfetiario, se fue al exilio después de la guerra civil de 1885... su talento para vituperar, su anticlericalismo, su antiimperialismo y sus tramas eróticas le proporcionaron grandes ventas”.

El divino José María Vargas Vila con los poetas Rafael Maya y Castañeda Arango, Barranquilla, 1924. Anónimo, Archivo Cromos, Bogotá.



“En esta fotografía vemos a dos detectives judiciales, la Sijin de la época. Es una imagen romántica, casi cinematográfica, ellos nunca se imaginaron en lo que se iba a convertir su profesión en Medellín unas décadas después”.

Dos oficiales del “detectivismo”, Medellín, ca. 1950. Anónimo. Carlos Rodríguez. Fondo Carlos Rodríguez, Archivo Histórico de Antioquia, Gobernación de Antioquia.

“Esta es una foto muy poco conocida del 9 de Abril, yo no puse mucho del 9 de abril porque es muy fotografiado. Cada aniversario sacan fotos de los tranvías quemados, pero esta foto es muy desconocida, de un fotógrafo muy desconocido. Muestra el incendio, los machetes y la gente de un modo muy romántico. Decidí no escoger sino dos fotos del 9 de Abril: una sobre los muertos en el

cementerio y ésta. La fotografía del 9 de abril estaba en un libro alemán sobre Colombia, que salió en el año 50, pero es muy claro, que no es el mismo fotógrafo que el resto de las fotos en el libro. La mayoría de las fotos de ese libro no tienen nada que ver con política, son de paisajes, campesinos y cosas que no tienen que ver con eso, y de golpe en medio, sale una foto del 9 de Abril”.



El Bogotazo. 1948. Erich Arentt.



Escena de una excursión campestre en Nariño, ca. 1928

“Para cerrar la exposición escogí esta foto que es de una pequeña fiesta campestre en Nariño a fines de los años 20: se ven los pastusos chiquitos, aquí bailando en este paisaje, y después de tantos horrores me parece bueno que es un momento de felicidad.

Porque hablando en general Colombia es muy autónomo: bueno malo se maneja por colombianos, que no hay gringos ni ingleses, que valen huevo, que tiene mucha autonomía, mucha vitalidad además de mucha pobreza o mucho problema”.



Juan Carlos Orrego

Con mi tío en Corrales

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustraciones: Juan Arturo Piedrahita

Ni siquiera había leído nada: me bastó con ver la carátula de *Abraham entre bandidos* de Tomás González — el dibujo de un hombre sufriendo, visiblemente extenuado, por un camino bordeado por un magnífico mar-torral— para desear ir de caminata por alguna de las montañas del valle. Me pasa todo el tiempo: muero por leer una novela con animales salvajes después de llegar, con mis hijos, del paseo bienal al zoológico; o, viceversa, por leer *El viaje del elefante* de José Saramago ardo en deseos de visitar el zoológico. Pero entonces, como dije, me ganaba la ansiosa fiebre de salir de excursión por algún camino de herradura, entre cumbres y cañadas.

Un par de semanas después de la epifanía bibliográfica, cuando esta ya amenazaba con disolverse entre las imágenes e insinuaciones de *Seda* de Alessandro Baricco, mi tío Chalo me llamó para convidarme a pasear por Corrales: ese retazo de hacienda, estación de guardabosques, bosque añoso y sitio arqueológico sembrado en la mitad de la falda oriental del cerro Quitasol, en Bello, a más de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar. De inmediato olvidé a Hervé Joncour y a sus huevos de gusano de seda, y volví sobre las imágenes de ramas, helechos y yerbajos de la carátula de *Abraham entre bandidos*, mezcladas con el recuerdo

fugaz de un libro de viajes leído muchos años atrás, *De Medellín a Bogotá* de Manuel Pombo, en que el autor viaja por caminos impracticables montado en un caballo llamado *Cuesco*; era eso o esculcar en la memoria, como recurso de ambientación, un par de páginas insufribles de *Los sueños de Luciano Pulgar* del Dr. Marco Fidel Suárez, el único escritor famoso de Bello que yo había leído (del modo fragmentario y apático con que suelen acometerse las lecturas colegiales).

Chalo ha sido, varias veces, el Virgilio que me ha guiado en el conocimiento de las cosas del mundo. Fue él quien me inició en el gusto por las caminadas, cuando yo tenía diez años y me llevaba, junto con mis primos, por los caminos que conectan a Bello con San Félix, el Cabuyal y San Pedro. Pero también fue mi mentor intelectual: por la misma época, durante una temporada en que él había recalado en mi casa por los azares de su vida de carpintero *hippie*, me llevó a conocer la Biblioteca Pública Piloto. Recuerdo muy bien que, mientras Chalo ojeaba libros sobre el tallado de la madera y las técnicas de la alfarería, yo me embebía con los volúmenes de *Lo sé todo*, una enciclopedia infantil en que temas de cualquier índole, magníficamente ilustrados, se sucedían sin ton ni son. En mi cabeza quedaron los artículos sobre *La Eneida* y los hipopótamos africanos —porque también los hay del Magdalena Medio—, es decir, viajes



y naturaleza; mi suerte, pues, estaba echada desde entonces.

Nos encontramos a un lado del *Éxito* de Niquía, en una caseta en que los escasos madrugadores del 8 de diciembre tomaban café con buñuelos. Chalo vestía de un modo que evidenciaba su baquía por las trochas del Aburrá: botas de caucho, sudadera de tela impermeable, camiseta blanca de manga larga y un morral mínimo del que sobresalía el grueso cuello, con tapa azul, de un tarro de agua. Yo llevaba tenis bajos, bluyines y camiseta a rayas rojas y azules: un atavío que, muy pronto, los lodazales del camino y la avidez de los mosquitos montunos delatarían en su total inconveniencia. Pero en los primeros minutos del paseo yo no pensaba en eso, entusiasmado como iba por saber que había madrugado (mientras tanto, el resto de la humanidad se revolcaba en la molicie), respirando con exagerado aparato el fresco aire comprimido bajo los árboles. Recuerdo muy bien haberme sentido pleno de dicha cuando, tras doblar en un recodo del camino, apareció ante nosotros un cuadro con una cerca pastoril, una hilera de pinos custodios y un mullido tapiz de hojas aciculares, secas hasta el rojo, que apagaba nuestros pasos. En un colmo de coherencia, Chalo, que marchaba adelante, se me antojó como el hombre que avanza por la portada de *Abraham entre bandidos*.

Cuando menos pensé, ya estábamos sobre el viejo camino empedrado que conduce directamente a Corrales: esa senda que algunos arqueólogos locales, basados en el estudio de los grados de inclinación, la anchura promedio del andén, la disposición de las piedras y las maromas efectuadas para facilitar la canalización del agua llovida o desbordada, tienen por prehispánica. Así, muy pronto deseché la imagen que me regalaba el libro de Tomás González y me centré en rescatar alguna remembranza en que la fronda silvestre se combinara con una reliquia cultural enmohecida. La imagen llegó muy pronto: evocó un pasaje memorable de *Ursúa* de William Ospina en que el joven aventurero español, empeñado en batir a sablazos un bosque espesísimo, descubre que decenas de estatuas labradas por remotos aborígenes se esconden entre ramas, bejucos y musgos. Con esa sugestión en la cabeza, ni siquiera me desanimó el hecho de que, más allá del promedio de la cuesta, el camino se ampliara con una exageración que ha llevado a otros arqueólogos a suponer que la obra fue hecha por finqueros modernos, interesados en arrastrar por allí sabe Dios qué máquinas o vehículos.

Tarde o temprano tenía que fundirse mi resistencia de caminante, más literaria que biológica; o, más bien, una aptitud del pasado, por completo arruinada a causa de mis pasivas rutinas de escribidor. Me resbalaba sobre las piedras, jabonosas con la lluvia que, la noche anterior, había arruinado en todo el valle del Aburrá el festejo de las velitas. Chalo inventaba estaciones de vez en cuando, con el único fin de no dejarme muy atrás; yo, agotado como el caminante de la carátula —por lo visto, me había llegado el turno de personificarlo—, llegaba hasta él con esfuerzo, abrumado por la magnífica cara —mal afeitada y sonriente, de perro ladino— con que me miraba, seguramente acordándose de las admoniciones que me hacía más de un cuarto de siglo atrás, cuando me veía flaquear en las caminadas con los primos: “¡Eso, güevón! ¡Seguí comiendo salchichitas al desayuno!”. Felizmente, teníamos que llegar a Corrales en algún momento.

El camino, cuyo último tramo se interna en un lóbrego y frío bosque de pinos, desemboca en un prado ligeramente pendiente; y este, a su vez, tras el obstáculo de un arroyito que cobra vida en la temporada de lluvias, conduce a un nuevo corredor de árboles a cuya vera se

alza la cabaña en que un par de guardabosques se entregan a todo tipo de quehaceres prácticos y misticismos privados. Siguiendo por la senda, a mano derecha, está el epicentro de aquella heredad: un redondel en piedra, con muros bajos y diámetro de unos cuatro metros, en cuyo centro se alza un extraño amontonamiento de piedras con tendencia a rematar en punta; en suma, una construcción inquietante, al punto de suscitar tanto el interés como la desconfianza de los arqueólogos. Más adelante, torciendo levemente a la izquierda, se distingue un sistema de muros de contención sobre el que descansan varias terrazas de cultivo, o mejor, lo que antaño fueron terrazas. Hay quien dice que, no hace mucho, un propietario adecuó esos campos para sembrar naranjos y levantó el redondel a modo de atracción ociosa; sin embargo, no lejos del camino de piedra, un arqueólogo encontró rastros de actividad humana que, examinados en el laboratorio, revelaron una antigüedad de más de 1.700 años. Asimismo, de varios pozos de sondeo han sido extraídos fragmentos cerámicos de legítima vetustez. De modo que, por más que sus huellas se confundían inextricablemente, es claro que aborígenes precolombinos y mayordomos del siglo XX hicieron de las suyas en Corrales.

Después de reconocer el sitio nos sentamos en el muro del redondel a comer mandarinas. Silenciosos, casi nos disolvimos entre las sombras y el aire frío de aquella mañana invernal; y me parece que, más que concentrados en devanar cuitas o proyectos personales, cada uno se contentó con ver el avance de la neblina entre las ramas más altas, palpar el liquen sobre las piedras o encandilarse con el estallido naranjado de una flor huérfana que se alzaba junto a las piedras del montículo central. Juro que por mucho rato estuve a salvo de mis obsesiones bibliográficas —mi crónico mal de Montano—, complacido con sentir el milimétrico avance del monstruo vegetal sobre las piedras que los hombres habían acomodado de varias maneras, incluso sabe sí con la idea de fundar en aquella meseta un fecundo pueblo que les sobreviviera. Allí estaba yo, por fin, entre cumbres y cañadas, y Abraham estaba conmigo.

El embrujo —que en mi caso, paradójicamente, es el estado de serenidad— se rompió cuando abandonamos el redondel y nos acomodamos bajo el alero de una casa vetusta que, tras un macizo de gramalote, se alza en un extremo de la meseta. Sobre un montón de leña, un par de afrechos que se disputaban algún bicho me hizo pensar en *La balada del pajarillo* de Germán Espinosa. La fiebre empezaba otra vez. Pensé —con tanta curiosidad como resignación— que el enigma arqueológico sin resolver, las previsibles incidencias de la bajada por un camino resbaloso o, en fin, el intenso bucolismo del cuadro con aves y leños me poseería al volver a casa, resultándome imposible retomar con serenidad la lectura de *Seda*. Al final, la visión del extraño monumento se impuso sobre las caídas y los trinos de la naturaleza: en mi biblioteca, ya bañado y entregado a una dulce extenuación, avancé con seguridad por las páginas de un cuento de Ciro Alegría en que un muchacho y un viejo atraviesan una sierra andina hasta llegar a una apacheta, sitio en que se amontonan las piedras que se ofrecen a las deidades de un antiquísimo culto telúrico. El orgasmo llegó con una frase: “...la roca estallaba en una dramática afloración”.





En 1984 un torero rosa de Fernando Botero, envuelto por un toro soberbio, sirvió como cartel de las corridas en la ciudad. Ya Botero era un artista de carteles, de coleccionistas avezados, de alcaldes. Dos años más tarde llegó La Gorda y ya lo conocía toda la ciudad. Tres retratos: uno harto de sus mascotas, uno cansado de sus facturas y otro que lo contempla con la pluma.

FERNANDO BOTERO, UNA MARCA DE RECEPCIÓN

por EFRÉN GIRALDO

Botero es un suceso de mediación, uno de los más interesantes fenómenos de apropiación de un artista histórico por parte de políticos, publicistas y oportunistas con los más diversos intereses. Y, en el otro extremo, es aquello contra lo que se puede definir una posición “avanzada”, con la que se puede quedar bien en la lucha por el capital simbólico que representa ser “independiente”. Sin duda, un caso de recepción problemática, que también los académicos y turistas intelectuales han aprovechado para sus propios fines.

Prueba de ello, dos caras de la valoración reciente de Botero: la del historiador Carlos Arturo Fernández en el Coloquio de Americanización, realizado con Serge Gruzinski en la Universidad EAFIT el año pasado, y donde se llamó a una valoración sobre todo histórica de un artista que tiene ya ochenta años y que pertenece, según el dictamen de la historia del arte, “a otra época”. Según esto, Botero sería un verdadero caso de mundialización de las artes colombianas (similar a la ocurrida en otros terrenos con García Márquez, Shakira o Betty, la fea), a cambio de que se acepte que esa recepción internacional del pintor sea vista como algo no exento de discusiones, pues su onerosa visibilidad en plazas y espacios públicos ha despertado también rechazos que no se muestran en Colombia.

Y, por otro lado, la del crítico Lucas Ospina, quien en una conferencia impartida un año antes en el Centro Cultural y de Desarrollo Moravia, mostraba, de manera implacable, con cifras, cómo el arte de Botero, tal como dijo de sí mismo Andy Warhol, es “el arte de hacer dinero”. Dos de las resultantes de ese último análisis son planteamientos que merecen toda la atención: el lastre administrativo que supone cuidar donaciones que no son “desinteresadas” y el impacto especulativo que tiene sobre el mercado sacar de circulación varias obras. Si para muchos especialistas el Botero que cuenta es el de los primeros trabajos, no es menos sorprendente que pueda verse la conversión de una larga y paciente carrera artística en patrimonio como una burda maniobra comercial.

Sin embargo, vale la pena resaltar un hecho que, quizás, explica el desdén que producen los “triumfos” de Botero en la *intelligentsia* sabanera. En buena medida, la idea del paisa exitoso, del “arrimado” que logra conseguir lo que quiere, es un mentís contra el centralismo bogotano y una ironía que muestra la presencia soterrada que aún tiene el enfrentamiento Bogotá-Medellín en el campo cultural. Con el rechazo de los pensadores “avanzados” capitalinos,

se tiene un nuevo capítulo de la historia que empezó a escribir Carrasquilla con sus observaciones sobre Silva, que siguió Fernando González con su invectiva contra los bogotanos, que retrató humorísticamente el filósofo Cayetano Betancur y que encuentra su culminación con la exacerbación de los infernos locales en Fernando Vallejo o en el silencio de los bogotanos ante eventos como el MDE.

Ahora, coincidiendo con la celebración de los ochenta años del artista, se abre en el Museo de Antioquia la exposición *Viacrucis. La pasión de Cristo* y se dan noticias de una retórica inflamada, característica de medios como *El Colombiano*, que, sin hacer mucho por el arte, se suben a una especie de bus de la victoria y muestran a Botero como una suerte de prócer, sin la más mínima interrogación crítica a su legado, fuera de la referencia peregrina a alguna escaramuza sobre la pérdida de un par de bigotes en el corregimiento de San Cristóbal. (A todas éstas, nadie ha dicho que también la gente puede decidir con qué obras de arte quiere vivir en el espacio público).

Sin duda, es una oportunidad para que el arte sea ponderado por lo que es y no por el discurso patrimonial o comercial que representa. Seguramente, se harán las mismas imputaciones: que Botero es literal, que se repite, que la pintura es ilustración, que su obra impone un discurso tan oportunista que hasta aprovecha la coartada de la Semana Mayor para capturar público dominero. Por el otro, vendrán las defensas de quienes validan su trabajo y lo defienden de la arremetida “vanguardista”: su capacidad narrativa, su oficio con el pincel, su enigmática insistencia en los temas locales. En cualquier caso, queda la esperanza de que las obras sean realmente vistas y que las respuestas puedan prescindir del lastre de los prejuicios. Ésos que, tal como lo recordaba otro crítico, hicieron que aun los críticos norteamericanos más exigentes en materia de arte contemporáneo dijeran que la serie sobre Abu Grahb era un hito en el tratamiento de la violencia en el arte figurativo de nuestros días y no solamente una prueba de oportunismo histórico.

Qué tanto se sobreponen el juicio y la mala conciencia es algo que valdría la pena seguir pensando, antes de que llegue otro homenaje aun más ruidoso. Finalmente, el arte no sólo vive de dinero. También lo sustentan las palabras y la respuesta de cada espectador. ☞

ELOGIO SOLAPADO DE FERNANDO BOTERO

por EDUARDO ESCOBAR

Conocí a Fernando Botero cuando era un pintor desconocido. Estaba subido en un andamio en la antesala de un Banco de la Calle Colombia, en Medellín, la que baja hacia el río que parte la ciudad en dos tajos de yerba que dijo un poeta, y yo era aún un casi niño. Botero pintaba un fresco larguísimo y alto de seres rechonchos en apacibles azules y rosas, en honor de la raza antioqueña, arrieros sublimados, y mulas de pesebre, si bien recuerdo, y los nadaístas lo admirábamos e íbamos a verlo trabajar. Él apenas nos tomaba en cuenta mientras se movía entre tarros y brochas. Tal vez incluso le molestaban esos amigos de Gonzalo Arango, su condiscípulo del Liceo Antioqueño. Y nos ignoraba hasta que hartos de su indiferencia nos íbamos.

Más tarde los nadaístas nos trasladamos a Bogotá. Y encargó a Gonzalo para que le presentara una exposición espléndida. Si la memoria no me falla, una serie de Monalísas y un Niño de Vallecas de los de antes del homenaje a Ramón Hoyos y de la Virgen de Fátima que mostró Marta Traba en su recién fundado museo de arte moderno, que funcionaba en un antro en la avenida séptima con calle veinticuatro. Y después Botero desapareció de nuestra vista. Solo por los periódicos o por las noticias de los amigos que lo visitaban en Nueva York sabíamos que había sido menospreciado allá como un simple caricaturista, que estaba dolido pero seguía pintando con obstinación irracional y con un desprecio olímpico por la crítica de moda, y que aunque estaba muy pobre iba a su estudio en taxi para no gastar caminando la energía que le debía a la pintura.

La última vez que lo ví, ya convertido en un monstruo por la fama, fue en un almuerzo en casa de una novia mía a cuya amiga íntima Botero le arrastraba el ala. Y me sorprendió que siguiera hablando con el sonsonete de siempre de los tenderos de Sonsón, como si se aferrara al primer sueño de su juventud con la misma lealtad que le guardaba a la tradición de la pintura de Occidente.

Lo que distinguí en la segunda mitad del siglo xx este país estafalario no fue la crueldad bárbara, el desorden vil, la trivialización de la justicia, las arrietas vergonzosas de la malicia indígena que enorgullece tanto a los tontos. En todas partes se cuecen habas y los hombres son igual de torcidos.

El lector puede hincharse de orgullo como el pavo patriótico si le incumbe o le place. Pero yo creo que Colombia marcó la diferencia sobre todo por la imaginación y los recursos de sus dos artistas más reconocidos a nivel planetario. El siglo xx fue adornado por las presencias de Picasso y Bacon, y de Thomas Mann y Proust, que sostuvieron el prestigio de la civilización cristiana contra la carnicería perpetua que desprestigiaba sus razones de ser. Pero ninguno de sus genios, por grandes que hayan sido, consiguieron transfigurarse en los íconos que representaron en la vida cultural de nuestro tiempo Gabriel García Márquez y Fernando Botero. Que además se detestan. En una entrevista reciente este reconoció que el fabulador cataqueño le parecía un personaje de lo más desagradable...

Los otros grandes artistas de nuestro tiempo, parecen más discretos al lado de estos dos fenómenos del genio humano

para fraguar fantasías y a la vez para el comercio. Dos ejecutivos de La Belleza en alguna parte, ha de haber una rotativa reeditando Cien años de Soledad. Y un alcalde en las antipodas intenta con sus asesores en eventos monumentales contactar al artista antioqueño para que siembre en un parque sus higiénicos gatos, sus irónicas palomas, sus flemáticos caballeros de sombreros kafkianos, y sus matronas con los ojos vacíos puestos en el horizonte.

Un día gonzaloarango me contó una charla que tuvo con Fernando Botero cuando estudiaban juntos el bachillerato. Frente a la llamada Plaza de Flores donde vendía flores la mamá de Pinganillo*, un día estaban haciendo proyectos para el futuro. Gonzalo debía verse, cuando creciera, un poco como el Presidente de los pobres que amaba o como un reformador religioso, poco más tarde reconoció en una carta a su mamá que tenía intenciones de crear un cisma en la Iglesia, aunque dudo que doña Nena supiera que es un cisma. Y Botero, más modesto, le dijo que él solo ambicionaba juntar unos pesos, comprar una tienda de abarrotes en Sonsón, con un dependiente honrado que se encargara del mostrador, y encerrarse a pintar y pintar en la trastienda. Si quieres hacer reír a los dioses, cuántales tus planes, dice un proverbio. Jamás debió ocurrírsele ni en las peores borracheras con sangría de los años que siguieron de pintor de toros que un día lejano sus obras iban a conquistar las galerías del mundo, que adornarían las casas de los jeques, los príncipes y los millonarios dados a las nostalgias ajenas, que parvadas de aviones correrían de un lado al otro con su tierno bestiario y sus bodegonos. Ni que su éxito inverosímil, merecido por la católica paciencia y la antioqueña constancia, suscitaría tantas envidias entre los colegas del oficio.

Botero es anacrónico para los artistas posmodernos que piensan que hay más ingenio en unas sillas de carpintero colgadas en la fachada de un palacio, que en un melón al óleo. Que uno puede graduarse de genio vistiendo al Pensador de Rodin de Superman o cortándose un dedo en un auditorio. Hace días vi en un video, que además pasaron por la televisión cultural por respeto a la libertad de pensamiento, a un muchacho que se acerca a un plato puesto en una habitación, defeca y come su subproducto. Y graba la ceremonia como una muestra de talento.

Botero es un gran artesano y a la vez un empresario antioqueño ejemplar, que renunció al impresionismo de sus obispos ahogándose en el mar del principio siguiendo los consejos de los marchantes neoyorquinos. Pero el triunfo de su circo de seres inodoros e inmóviles no vino solo. Se sabe que llegó a ser tan pobre que debía engañar a sus hijos poniendo en sus sopas de mollejas de gallina ojos de vidrio cuando iban a visitarlo a Nueva York. Y ha sido un ejemplo de hombre para otros millonarios colombianos. Por su generosidad, financiado orquestas de niños pobres y enriqueciendo museos con los tesoros acumulados a lo largo de su vida de obrero. Porque en últimas, más que el dios que pretendieron los románticos, el artista es siempre un obrero. Un labrador.

Botero, contra todas las fealdades que también pintó como la serie de Pa-

Monólogo del gato que quería ser un bicho raro

por RUBÉN VÉLEZ

¿Son artísticas todas las obras que salen del taller de un artista? ¿Puedo considerarme una obra de arte? Me veo de arriba abajo y se me baja la moral. Soy una obrera de arte de tamaño mastodóntico. Soy un juguete sin cuerda que podría poner a latir frenéticamente las calculadoras de Mr. Christie y Mr. Sotheby. Damas y caballeros, quién da más, pujan, pujan. Dicen que los gatos tienen siete vidas. Esta mole de bronce respira tanta vida como los adornos que fabrica en serie la casa Lladró. Una vez más, el célebre artista nos ha dado gato por liebre. Pero se le agradece que no haya cobrado nada por su enésimo muñeco de piñata. No agradezco que me hayan expuesto al lado de un templo de saber. Me veo de arriba abajo y llego a la conclusión de que la obrera se merece el corazón de una guardería infantil. ¡Qué bien la pasaría en un patio de recreo! ¡Y qué mal la pasarían los tiburones del martillo! Espero que los niños de esta parte de Medellín me confundan con un caballo de tiro. Si me tomaran por una obra de arte, que es lo que piensan las autoridades competentes, en cuestión de días me comería el óxido del aburrimiento. Ah, perder los bigotes y la cola y las pelotas. Ah, ser tratado sin ninguna consideración por una turba de inocentes... ¿Lladró yo? ¿Lladró un cadáver descuartizado? Las autoridades competentes tendrán que admitir que soy un gato de pedigrí: ni más ni menos que un Bacon. ☞



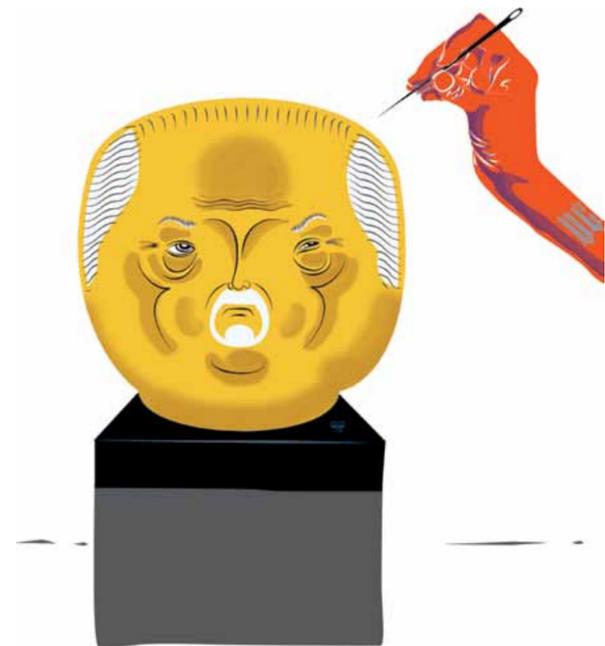
La historia de la recepción de Botero es la historia del campo artístico contemporáneo en Colombia.

Aclamado por el establecimiento y los medios como héroe cultural, negado por críticos y artistas “avanzados” que ven en él la encarnación de un concepto artístico superado, cada vez que se hace una de sus exposiciones, que una de sus obras se vende por un precio exorbitante o se le rinden homenajes, se acerca una polvareda. Lejos están los días en que sus logros se reconocían como una especie de victoria nacional, y ahora, con un campo que critica los valores hegemónicos provenientes de la visibilidad comercial, esos reconocimientos han sido sometidos a un severo tamiz.

Esto, por supuesto, no es nuevo. Desde los tiempos en que su nombre apenas era insinuación de *marketing*, Marta Traba (la comentarista a quien Botero debe, en parte, su fortuna crítica) indicaba que la venta de una de las obras del artista en más de cinco cifras era un acontecimiento. De hecho, el encabezado de *Cromos* poseía una grosera elocuencia monetaria para la época, cuando empezó el ascenso comercial del artista: “Botero, cien mil dólares por una obra suya en Washington”. La crítica argentina, sin embargo, también advertía sobre lo inconveniente de

unificar obesidades: la del precio y la de las figuras.

Esta atención al valor monetario por parte de una crítica de arte aguda muestra hasta qué punto el valor de uso y el valor de cambio se enrarecen en el caso del artista antioqueño, hasta confundir las opiniones más extremas: la de quienes hacen apología de su reconocimiento como si se tratara de un futbolista que mete tres goles en un partido de una liga foránea y la de quienes ven en su notoriedad algo vergonzante, que prueba nuestro provincianismo y distancia de las grandes ligas donde se juegan los capitales del arte contemporáneo, contexto en el que Botero no posee la relevancia de la que intentan convencernos los apologistas de última hora. Si el juicio acerca del valor monetario y el valor estético vino de quien produjo los mejores textos que se han escrito sobre Botero y sus compañeros de generación, no hay que alarmarse con que sus donaciones, su presencia en las subastas y hasta sus opiniones sobre arte contemporáneo (francamente peregrinas) hayan desplazado de la crítica actual cualquier atención directa y mesurada a su trabajo, más allá de que la prensa local se esmere en ocultar esta recepción dispar, conocida por los que trabajan en el campo del arte, pero no por quienes se enteran a través del noticiero y la gaceta.





Ricardo Rendón convirtió al ajeno Pielroja en un indio propio. El pechi se ha llevado en un bolsillo cercano al corazón desde hace casi 90 años. Y ha terminado por ser parte de la tradición campesina y las vueltas de los barrios.

Heyner Silva enmarca en sus divinos pergaminos a ocho grandes jefes rockeros, en un formato tan pequeño, tan inverosímil, que los hace propios.

Heyner Silva Badillo
 LÁPIZ SOBRE PAPEL
 DE CIGARRILLOS PIELROJA
 2011



Con el plomo de la vida Escenas familiares

por LUIS ARIETE

Fotografías El Nueve

Daniel recibió un balazo en la cabeza a las doce de la noche del 31 de diciembre de 2010. Tenía cinco años de edad. Quienes celebran disparando al aire no conocen ninguna ley, ni la de la gravedad. Daniel, en cambio, aprendió con sangre y fuego lo que significa el peso de la gravedad y la ausencia de la Ley. Después de pasar dos semanas en coma, desafió a la muerte y empezó a vivir con la bala incrustada en el cerebro.

Al mes del impacto, se preparaba para ir al preescolar "Manitas Traviesas", a diez cuadras loma abajo de su casa en el barrio Manrique La Salle. De tanto en tanto pedía que lo ayudaran a bajar de la cama y salía del cuarto ladeándose, con Deisy, su madre, haciéndole corralito con sus manos, como a un bebé de meses. Se oían aplausos y él sonreía, pero solo se le movía el lado derecho de la cara, el otro lo tenía paralizado.

El día de la primera clase salió de la casa más temprano de lo habitual. Antes solo tardaba diez minutos en llegar al preescolar, pero esta vez Deisy calculaba que les tomaría por lo menos treinta minutos.

Llovía. Le puso una chaqueta y miraron el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que hay en la sala. Se dieron la bendición. Al lado del cuadro hay una foto de la familia: Daniel, Deisy, Alexander, el padre, y Karen, la hija.

Deisy abrió la sombrilla, cogió a Daniel de la mano y empezó a bajar. El niño intentaba seguirla, exigiéndole a su pier-

na izquierda que se moviera. Con cada paso el pie se le iba hacia afuera.

La calle se convertía en un sendero mojado de escaleras. Cada vez era más difícil para Daniel. Deisy lo cargaba y venían a su memoria los días cuando apostaban carreras y su hijo buscaba los pedañitos altos para brincar. Qué eran los problemas de antes comparados con lo que tenía ahora al frente.

Llegaron al preescolar a la hora en punto. Daniel saludó con la cabeza a la profesora y cruzó la puerta. Se había vuelto más tímido. "Cuando ve que hay cosas que no puede hacer se retrae y empieza a darle vueltas a los recuerdos", decía Deisy. Ella y Álex intentaban hacerlo reír "para disipar el mundito en el que se metió". En el que lo metió quien disparó la bala.

Cuando lo invitaban a dar una vuelta por el barrio, no salía "porque por la noche tiran pólvora y dan disparos", decía Daniel. "Le estamos enseñando que afuera no toda la gente es mala".

En el preescolar, tendría que superar otra terapia igual de dura. La curiosidad de los compañeritos y las preguntas imprudentes de sus padres... ¿Y qué le pasó? ¿Y tiene la bala ahí metida? ¿Y no se la sacaron? ¿Y va a volver a caminar? La profesora confiaba en que no sentirían lástima, sino que Daniel sería tan autónomo como cuando no dependía de una bala.

Quince meses después

Álex y Daniel bajan sin tropiezos por la calle 89A hasta la carrera 42A, que atraviesa el barrio con curvas estrechas en las que se apretujan buses, taxis y motos. Álex piensa en su trabajo, en seguir creciendo como técnico de Ascensores Andino.

A las 12:35 p.m. Llegan a la entrada del colegio María Reina del Carmelo, donde Daniel empieza su jornada de primero de primaria. Álex besa a su hijo y cuando lo ve alejarse recuerda el día en

que se desplomó en sus brazos y vio la sangre salir de su cabeza.

En la tarde, después de terminar su jornada de atención al cliente en Comcel, Deisy lo recoge. Se abre paso entre los padres que hay en la entrada y le alza la mano a Daniel.

El niño viste pantalón azul oscuro, camisa blanca de manga larga, corbata roja y zapatos negros. Es la primera vez en el año que se puso el uniforme de corbata, pues era el día de San José. Tiene el pelo negro y liso, muy corto, con un remolino que le despeja la frente. Camina lento, pues tiene unos kilos de sobrepeso. Sus ojos son oscuros, grandes, y la mirada incisiva, indescifrable. La madre se emociona: "Cómo se ve de lindo", murmura para sí.

Suben por la carrera de curvas estrechas. Deisy piensa en su futuro, quiere cambiar de barrio. Cada vez que alguien le pregunta por su hijo recuerda la noche en que lo llevó mal herido al hospital. La sangre en su regazo. "Despierta, papi, despierta", le decía. Los buses se deslizan por la pendiente rozando el andén, las motocicletas suben culebreando entre los carros, el andén desaparece y deben caminar sobre la calle.

Al llegar a la casa, Daniel pide permiso para salir a jugar. La madre le dice que primero se debe cambiar de ropa. Deisy enciende el computador que hay en la habitación de Daniel y Karen. Pone un capítulo del programa Infrarrojo de Teleantioquia, emitido el 5 de marzo de este año, que habla de cuatro casos de niños afectados por balas perdidas. Balas perdidas... encontradas por inocentes.

Entre los casos está el de Daniel. Los otros tres corresponden a dos niños muertos y un sobreviviente, víctimas de balaceras entre bandas o de reacciones de la policía. El mensaje del programa es único: Las cuatro familias se sienten abandonadas a su tragedia, sin justicia, sin reparación, sin protección. No cul-

pables ni investigaciones, nadie les ha preguntado nada. En 2011 hubo 30 casos de heridos por balas perdidas en la ciudad, dos de ellos de niños menores de diez años.

Daniel mira el programa. Conoce los casos. Al ver una de las víctimas se señala la mandíbula: "Ella tenía esa cosa aquí", dice. Luego, con otro caso, se señala la cabeza.

Karen está sentada en la mesa del comedor con los cuadernos abiertos. Tiene once años. Cuando el plomo impactó a su hermanito sintió "como si se hubiera parado el mundo". Lo vio tirado en el suelo y se puso a llorar. Nunca había visto a Álex y a Deisy fuera de sí. Cuando Daniel estaba en coma en el hospital, Karen acompañaba a su mamá a misa y la veía llorar. "Ella solo quería estar con él", recuerda.

La madre sentía cosas fuera de lo común. Dice que vio a Dios curar a su hijo y recuerda que Daniel le decía que veía tres espíritus: el de la casa, el de él mismo y el que iba al hospital cuando ella no estaba. Los veía con los ojitos y el pelito como él, con alas. "Esto es un milagro", pensaba la madre.

Ahora, quince meses después, cada vez que va a misa sigue llorando, agradecida. Daniel la acompaña y le pide que le tape la cara cuando también a él le aparecen las lágrimas.

Mucho ha cambiado en la familia Gaviarín García en el último año. "Daniel es más alegre", dice Karen. Se junta con otros niños y se volvió cariñoso con su hermanita. Hacen rompecabezas y leen cuentos. "Mi papá le lee Juan y los frijoles mágicos y a él le encanta", dice ella. Daniel pregunta por qué el ogro persigue a Juan y si se le va a comer. "Cuando aparece el ogro siente una emoción impresionante", cuenta Karen, aunque ella prefiere La bella durmiente.

Suena el teléfono. Daniel contesta, es su padre. "¿Me da plata para el paseo?", le dice. Álex pide hablar con Deisy. Ella le dice que le explica cuando él llegue a



la casa. Cuelga. "Daniel no se lo merece, no le está yendo bien en el colegio", dice.

El niño saca del morral un examen y una carta para los padres. En el examen sacó 3.3 y la carta es una invitación para ir al Parque de los Tamarindos.

—Mire esa nota tan bajita —dice la madre.

—Pero si saqué treinta y tres —dice Daniel, quien no parece entender la forma de calificar.

—Vea, aquí dice que por qué no le puso los nombres a las personas si estaban anotados en el tablero.

—No estaban en el tablero. A causa del impacto, Daniel padece estrabismo y pérdida de visión en el ojo izquierdo. Se sienta en los primeros puestos del salón de clase, a pesar de que es de los más grandes, para poder ver bien, pero le da dificultad mirar el tablero y luego enfocar el papel. Pierde concentración. Se atrasa.

Una vez terminado el programa de televisión, Deisy pone un video. Es del 11 de diciembre de 2010, veinte días antes de que esa bala calibre 9 mm penetrara el cráneo de su hijo. Daniel soñaba con ser uno de los integrantes de los Cantores de Chipuro. En la imagen se ve con un sombrero vueltiao bailando la música de sus ídolos, moviendo los hombros y haciendo monerías.

La bala ingresó por la parte superior de la cabeza y descendió hasta el tálamo, casi en la mitad del cerebro. Además de afectarle el ojo, le provocó parálisis de la mitad izquierda del cuerpo. El neurocirujano pediátrico Eduardo Cortez, del Hospital San Vicente Fundación, recomendó no extraer el plomo, pues las secuelas de una operación podían ser peores.

Daniel tendría que vivir el resto de su vida con el proyectil en su cabeza. Solo el tiempo diría si recuperaría su movilidad y una vida más normal. Había que esperar por lo menos un año para determinar las consecuencias definitivas.

Otro video. Es de la celebración del primer cumpleaños del año pasado, el 11 de junio de 2011. Desde el día en que casi se muere, a Daniel le celebran dos cumpleaños: el de nacimiento y el 31 de diciembre, porque ese día "volvió a nacer". Pero este último es un duelo. En la casa de Daniel ya no se celebra el año nuevo.

En el video se ve la casa con bombas y serpentinatas, llena de familiares. Daniel entra a la casa y cuando ve la algarabía se hace el desmayado: se deja caer en los brazos de su padre, que entra con él. Así se desplomó el día del impacto. Álex quiso desearle un feliz año a su hijo y de re-

rente el niño cayó al piso, a sus pies. "Ay, pa...", dijo.

Estaban en la calle, celebrando bajo una carpa con familiares y vecinos de la cuadra. En ese momento, Álex no se imaginaba que esa iba a ser apenas la primera batalla de una guerra a muerte por salvar a su hijo. Lo único que pensó fue: "me lo mataron".

Daniel recibió su destino estrenando la ropa del aguinaldo. Camisa gris, cortos cafés, sandalias playeras y una chompa naranja. El padre lo recogió, intentó detener la salida de sangre con la capucha de la chompa y le gritó a un primo para que encendiera el carro y lo llevara al puesto de salud.

Se miró la chaqueta café que tenía puesta, manchada, y sintió que veía su propia sangre. Buscó a Deisy. "Una bala le dio a Daniel en la cabeza", escuchó ella que gritaban.

Corrió. Deisy tampoco pensó que le estuviera cambiando la vida. Que las angustias diarias, los problemas familiares, las mañanas con su hijo bailando, su futuro, fueran a alcanzar una nueva dimensión. Tan sólo quería estar cerca de él. Lo cogió en sus brazos y empezó a hablarle. "Te vas a poner bien", le decía.

Descendieron por la carrera 42A en una especie de rally por las calles estrechas, con curvas y resaltos, de la comuna nororiental. La ciudad se veía en el fondo del valle, todavía celebrando, tirando pólvora, lanzando más balas al aire. La pólvora estallaba e iluminaba el cielo, encubriendo las balas perdidas que buscaban dónde caer.

Costumbres explosivas

Como en muchas partes del mundo, la costumbre de recibir el año nuevo a disparos explota cada 31 de diciembre en las comunas de Medellín. Así como pasa con la quema de pólvora, los estallidos de los disparos son carcajadas burlonas a las prohibiciones oficiales. Y la gente celebra y se ríe.

El 31 de diciembre del año pasado otros dos niños llegaron a las manos del neurocirujano Cortez con sus cabezas perforadas por balas perdidas. El niño llegó muerto; la niña, con un orificio en la frente, todavía respiraba. Cortez pudo extraer la bala y la salvó.

Aunque a la fecha no se conoce resultado alguno de la investigación de Daniel, el responsable podría ser acusado "de tentativa de homicidio simple con dolo eventual", que tiene penas hasta de 12 años de cárcel.

La acusación es la misma que se le puede hacer a un borracho que atropella a un peatón y lo deja con graves secuelas. La persona que acciona



Letanías

Cuando alguien dice que se siente orgulloso de ser negro (peor aún, afrodescendiente), algo anda mal.

Cuando alguien dice (o al menos lo piensa) que se siente orgulloso de ser blanco, algo anda mal.

Cuando alguien dice que se siente orgulloso de ser mujer, algo anda mal.

Cuando alguien dice (o al menos lo piensa) que se siente orgulloso de ser hombre, algo anda mal.

Cuando alguien dice que se siente orgulloso de ser gay, algo anda mal.

Cuando alguien dice (o al menos lo piensa) que se siente orgulloso de no ser gay, algo anda mal.

Cuando alguien dice que se siente orgulloso de ser paisa, algo anda muy mal.

Cuando alguien dice que su canción colombiana favorita es "Soy colombiano", algo anda mal.

Cuando alguien dice que no le gusta el teatro, porque le sabe a hígado de perro, algo anda mal.

Cuando alguien dice que no se siente orgulloso de nada, algo anda más o menos bien.

CODA 1

El programa *Yo me llamo*, es, a mi juicio, un engendro televisivo de los peores, calificativo difícil de alcanzar en nuestro teleterritorio de engendros. Basta con saber que a los concursantes (lo sé por una columna de Lisandro Duque, porque hace tiempos no lo veo, si es que alguna vez lo vi), les niegan incluso su propio nombre. Pasan a llamarse como el modelo al que quieren parecerse. Gana quien logre ese mejor grado de autoanulación. Te invitan a ser otro, a negarte, a borrarte, y te premian si lo logras. Lástima que mi admirada Amparito, que oficia de jurado, se deje hacer eso. Piensa uno, en todo caso, que vendrán tiempos peores.

Después de que la bala se movió, Daniel empezó a recuperar la movilidad de la pierna. A los siete meses cesó el temblor de la mano y recobró la fuerza necesaria para agarrar cosas. Solo le falta por recuperar el movimiento del ojo, pero pronto le harán una cirugía con la que la medicina completará la tarea sorprendente de su recuperación.

El plomo se detuvo donde nace la nuca. Allí se quedará como si fuera uno de esos chips de las películas futuristas, que le recordará siempre el día en que la inocencia se encontró con la estupidez.

Cada vez que vaya a un aeropuerto o a un supermercado los detectores de metales pitarán y encenderán sus bombillos rojos, la gente lo mirará con sospecha y entonces él tendrá que explicar lo que carga consigo. ☹

CODA 2

Ahora que el Titanic vuelve a hundirse, esta vez en 3D, me permito recomendar la versión de 1953, dirigida por Jean Negulesco. Con discretos efectos especiales, pero muy bien narrada y actuada. Un pequeño clásico. Ojalá alguna entidad la volviera a sacar a flote. ☹



Memorias de un vuelo

por DAVID E. GUZMÁN

Ilustraciones: Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada

Era la primera vez que iba a salir con Sandra de día. La había conocido unas semanas antes en un bailadero de salsa llamado El Tibiri y tras varios encuentros nocturnos se había llegado el momento de vernos a plena luz del sol.

La idea era hacer un picnic en algún descampado en Santa Elena y con anticipación elegimos un martes ordinario. Como en esa época era empleado, gestioné un día libre gracias a varias horas compensatorias que había sumado por trabajar los domingos.

El punto de encuentro era en la entrada de Carulla, al frente de la plazuela de San Ignacio. Allí compraríamos el mecato para la jornada campestre y luego tomaríamos la buseta hacia la fría Santa Elena.

La noche anterior me sumergí en pensamientos entusiastas sobre mi nueva relación con Sandra; mientras me dormía, imaginé el picnic clásico, con mantel de cuadros, vino, aceitunas, sánduches gourmet y postre de fresas, y me pregunté cómo sería el nuestro, torpe, criollo y romántico.

El martes, con la alegría de no ir a trabajar, me levanté temprano y disfruté el pasar de las horas mañaneras sin bañarme ni vestirme para ir a la oficina. Justo antes de salir, Sandra llamó para decirme que Carolina, una muy buena amiga suya, se había anotado al paseo.

A las diez nos encontramos. Después del saludo y la presentación de rigor, Carolina dijo que nos fuéramos pues. “¿Y la comida?”, pregunté. Carolina miró a Sandra extrañada, y Sandra dijo “vamos así” y me tomó de la mano.

Consciente de que me faltaba información, me dejé llevar por las mujeres. En el serpenteado camino hacia Santa Elena pensé varias veces cómo íbamos a resolver el tema del almuerzo y en qué iba a quedar el picnic que había organizado con mi nueva novicita, que ahora incluía a su mejor amiga.

Nos bajamos en la vía principal y nos metimos por una carretera estrecha. Caminamos unos metros y por un intercambio de frases de las chicas intuí que íbamos a buscar hongos. Sandra me miró de reojo. Guardé silencio. Un susto se me instaló adentro porque nunca había estado en una honguiza.

Nos metimos por un lado de la montaña, arrastrándonos debajo de un alambrado de púas. Del piso agarré un palo de un metro para tener un polo a tierra, por si aparecían los tales hongos, aunque no me importaba porque apenas estaba asimilando el súbito cambio de planes y tampoco creía que los fuéramos a encontrar y si era así, que fueran para comerlos en el acto. Así fue como me sorprendí, un día hábil, con dos mujeres casi desconocidas, deambulando por rastros y campos, emocionado cada vez que me topaba con una plasta.

Pasamos por fincas ajenas con las miradas apuntando al suelo y al rato empezaron a aparecer boñigas secas, otras no tanto. Los tres nos fuimos abriendo, abarcando cada uno el sector más amplio posible. Al principio no encontramos nada, pero seguimos cruzando potreritos hasta que empezaron a aparecer dos, tres, a veces un solo hongo camuflado con otros no alucinógenos. “Esos no, esos son hongos de caballo”, dijo Caro.

Después de un buen rato de recolectar, nos juntamos, cansados ya de mirar para el piso, y nos sentamos en un montículo pequeño, en medio del último terreno examinado.

Sin ninguna antesala empezamos a comernos los hongos puros y silvestres. El aspecto en la boca era gelatinoso y algo seco, y sabían a tierra de capote. Luego hicimos unos sandwichitos con unas galletas festival de mora, el único alimento que Caro llevaba en su jiquera.

En total comí un manojito de hongos, en algunos de ellos y debajo de las setas, vivían unos diminutos gusanos transparentes a los que se les podía apreciar un fino hilo azul oscuro que los atravesaba de un extremo a otro. Con seguridad me tragué algunos. Había hongos secos y húmedos, y a todos se les veía un color púrpura como traído de un planeta formado con otros caldos.

Detuvimos la ingesta. Las mujeres parecían tranquilas y experimentadas. Caro sacó un poco de marihuana y una pipa de marfil con mango de madera. Fumó y yo le pregunté: “¿No es malo combinar?”. Me respondió con el humo saliendo de su boca: “no, al contrario, potencia el efecto”.

Caro tenía sus rodillas apoyadas sobre mi muslo derecho y a mi izquierda se

sentó Sandra. Todos estábamos ya con el efecto potenciado, relajados, pero más relajada Caro que en ese momento dejó escapar una flatulencia. Hubo un silencio y tal vez murmuraron unas risas; parecían muy frescas y hasta se descuidaban con sus escotes amplios y carnosos.

Me sentí en trance. Miré al cielo y vi en las nubes unos dedos cruzados, como pidiendo buena suerte. También estaba Tribilín con un casco de fútbol americano mirando para un lado. De repente me dieron ganas de vomitar. También sentí que el bulbo intestinal se me desprendía. Le conté a Sandra: “fresco, eso es así al principio, ya se te quita”, me dijo. Permanecí sentado, esperando a vomitar, e inclusive preparándome para que todo mi aparato digestivo se desganzara.

Respiré profundo, cerré los ojos y empecé el viaje. Era un tapete rojo titilando y millones de cables ondulados danzando por todo ese fondo rojo. Sorprendido por esa escena robótica detrás de mis párpados, levanté la cabeza y busqué a las peladas, pero lo que me encontré, ya con los ojos abiertos, fue el movimiento compacto del abra de espartillo. Era otra danza perfecta de cada rama y cada flor amarilla moviéndose en olas, formando un inmenso mar de hierbas.

Traté de salir de la alucinación para buscar a las chicas y hubo mareo; me di cuenta de que uno no podía hacer el esfuerzo de caer en la realidad porque aparecía la maluquera. Había que encontrar un equilibrio en el viaje, sin irse mucho y sin salirse del todo. Las mujeres aparecieron y me agarró un frío aterrador. Empecé a temblar, pero oí que alguna dijo: “no está haciendo tanto frío”.

Corrientazos de fuego sustituyeron la sensación de frío y la tembladera. Eran descargas placenteras como cullebrillas calientes y frías recorriendo el cuerpo; las hojas pequeñas de unas matas que estaban a mi lado crecían y decrecían, respirando con su tamaño.

Caro bostezaba a cada momento y le salían muchas lágrimas, yo también empecé a bostezar como un león recién levantado. Y los tres empezamos a escuchar. Comer hongos genera babas, lágrima

sin sentimiento y bostezos sin sueño ni hambre.

Di unos pasos y me pareció ver a un conocido con una pelada que no era la novia. Ya no sabía qué era realidad y qué alucinación o mezcla de ambas. La mayor parte del tiempo Sandra estuvo con Caro, y así era mejor. Cada vez que miraba a Sandra me daban náuseas y se lo dije. Tal vez me pasaba eso porque ella había estado muy ligada a mi realidad y



la realidad no puede estar invitada a un vuelo de hongos.

Me rezagué. Las chicas avanzaban adelante con torpeza. Un coletazo de conciencia me recordó el picnic que ya no sería. Lo que iba a ser una tarde de amor recién nacido al aire libre, se había convertido en una travesía sicodélica en la que ni siquiera podía agarrarle una mano a mi amada porque me atacaban las arcadas.

Comprendí que debía pasar solo y me alejé algunos metros de las mujeres: era imposible comunicarme con ellas, cada frase era espulgada con rigor e imaginación. El diálogo caía al vacío porque suponíamos lo que los otros pensaban.

Pasó una nube que despejó el sol. Sentado cerré los ojos y recibí los rayos. Sentí la energía del astro penetrando en mi cabeza, y me volví espartillo, brotado de la tierra. El viento nos movía a todos por igual. A las hierbas y a mí. Me había convertido en una de ellas y entendí por qué las plantas buscan la luz.

La alucinación fue interrumpida por



que las peladas querían moverse. Decidimos avanzar y paramos cerca de un bosque de pinos. Me acosté junto a uno de los árboles y ellas siguieron circulando por ahí. Las veía como unas hadas desgaleadas, locas, tetonas; reían y conversaban con arbustos y contemplaban flores de cerca. Durante un rato las detallé, hasta que miré una masa verde que tenía al lado; era un musgo, y al enfocarlo me dio la bienvenida a su mundo mediante la dilatación de sus pelusas más menudas.

Arriba estaba azul pero de pronto nubes grises y brillantes aparecieron, empujadas por el viento, y se entrelazaron. Todo el firmamento era de líneas comunicadas, como un costillar. Abrazándome a mí mismo, con los ojos abiertos, luego cerrados, permanecí absorto en el cielo y detenido en el tiempo.

Los gritos de Caro y Sandra me volvieron a la realidad. Una paranoia cruda se había apoderado de ellas porque dos hombres se aproximaban hacia nosotros. Se veían a lo lejos. No teníamos ni la más mínima idea de dónde estábamos parados, sólo se divisaban mangas y una que otra casa remota.

Los sujetos se acercaban con decisión. Me incorporé y empezamos a caminar, casi a correr, pero tratando de que no pareciera una huida. Caro empezó a llorar y dijo que nos iban a atracar y a matar. Y lo creímos. Antes de salir del potrero los hombres nos llamaron, pero aterrORIZADOS seguimos derecho sin voltear la mirada.

Con la respiración agitada y después de mal bajar barrancos y cruzar charcos llegamos a una carretera. Caminamos no sé cuanto tiempo, pudo ser una hora o tres, o quince minutos, hasta llegar a un restaurante campesino. Allí tomamos agua de panela y comimos unos trozos de pan. Con la mirada perdida estuvimos otro tiempo indefinido.

En el bus hacia Medellín vi que teníamos pantano hasta las rodillas. Íbamos abstraídos, callados; sentía las plegaduras del cerebro adoloridas y deshidratadas. En el centro tomamos un bus hasta Carlos E. Restrepo y sentados por ahí, bebiendo sorbos de una botella de agua, terminamos de aterrizar.

Cuando anocheció, aún veía fugaces poliedros de luz. Poco a poco fui recordando mi estado natural, mis reflexiones normales. Las chicas habían ido por cerveza mientras yo pensaba en que era inminente llegar a casa, escribir toda la experiencia de este vuelo inesperado y planchar la camisa que iba a ponerme para ir al otro día a la oficina. De amor no quería saber nada. ☘

Es viernes y es de noche. El oficio me condujo hasta allí. Una edificación de dos plantas al norte de Bogotá, sin lujos excesivos, con un jardincito floreado. De puertas para afuera: un barrio silencioso y tranquilo. De puertas para adentro, imperceptible: un paraíso de libertinaje. Una casa de bellas acompañantes.

Pasamos a una sala amplia. Una luz granulosa envuelve el lugar. Hay dos sofás, una mesa de centro y un bar. Nos sentamos al lado de una vidriera que da un patio amplio. Nos recibe Vanesa: 1,76 sin tacones; 1,83 con los que trae puestos. Pelo negro, labios gruesos. Una falda cortísima. Mi amigo no puede concentrarse en lo que ella dice. Su mirada se desvía, cómo no, hacia sus piernas.

—Entré a esto por plata —le dice a mi compañero.

—¿Fácil manejar una doble vida? —le pregunto.

—En mi caso mi mamá lo sabe, ella es medio alcahueta —sostiene, y se ríe con picardía.

Deslenguadas y coquetas. Sin excepción. Tras su lujuriosa envoltura una insolencia casi pueril.

Llegué aquí como parte de una investigación que adelanto desde hace algunas semanas para una serie de televisión. Mi trabajo consiste en recoger información sobre el hermético mundo de las prepagos y entregársela a los productores de la serie. Funcionamiento del negocio, costos de los servicios, causas de retiro, historias de clientes, todo es materia prima para armar las escaletas.

Son las once y media y la música ahora tiene más volumen. El aire está saturado de una espesa fragancia a maquillaje. Tocaban el timbre. Vanesa y tres compañeras enderezan sus hombros y extienden sus alas. Entra un grupito de clientes. Visten elegantes chaquetas de cuero y están algo borrachos. De dóciles capullos a mariposazas cazadoras. Vuelan alrededor de ellos y los hacen morder el anzuelo.

Valentina se compadece de nuestra soledad y nos hace compañía. Sus enormes caderas no corresponden con su baja estatura. Labios rojos, párpados azules y una gruesa capa de base. Parece una muñeca de feria. Nos cuenta que quiere salir del país para trabajar en el Perú.

—¿Y cuándo empezaste a trabajar en esto? —indago.

—Wow, ¿cuándo empecé a trabajar en esto?, hace dos años.

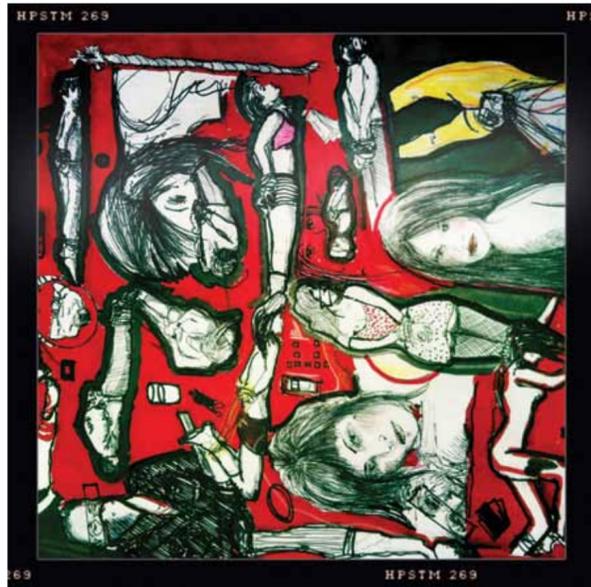
—¿Y tu mamá sabe?

—Wow, ¿mi mamá sabe?, no, no sabe.

Nos relata historias de clientes y nos cuenta que ingresó al oficio por necesidad. Que sostiene a su familia y que gana muy bien. Después de tres horas terminamos. Mi amigo se levanta y paga la cuenta. Nos despedimos. Vanesa le baila de espaldas a un cliente y con su mano me dibuja unos adioses. Escucho un ruido en el patio. Miro, y entonces ocurre. A través de la vidriera veo una pandilla de enmascarados que corre hacia nosotros. El primero de ellos, torpe como una polilla en un farol, se estrella de frente contra la ventana. Reacciona y empuña su arma. Se cubre con su antifaz; una pañoleta azul al estilo del Viejo Oeste. Me apunta con un revólver calibre 38 y me obliga a mirar al suelo.

—¡Quietos pues, maricas! —rujen en coro.

Son cinco y están armados con revólveres. Enfurecidos los primeros diez minutos, como parte de su guion nos amarran las muñecas y los tobillos.



La casa de las bellas asaltadas

por ANDRÉS MONTOYA

Ilustración: Cachorro

Nos acuestan bocabajo. El suelo está frío y huele a detergente.

—Si me volvéis a mirar te meto una puñalada en la espalda —le gritan a una de las niñas.

En total somos diecisiete rehenes: ocho putas ahora sin dignidad, seis clientes doblegados, un administrador confundido, el estilista de las niñas y la empleada del lugar, una señora mayor de edad que llora sin interrupción. Revolver en mano garrapatean amenazas en el aire. Insultan y amenazan. Nos escucan y nos quitan las pertenencias. Revisan las habitaciones. Veinte minutos después suena el teléfono. Una, dos, tres veces. Uno de ellos se lo pone en el oído al administrador. Oprime el altavoz.

—Contestá, y ojo con lo que decís —le ordenan.

—Sí, ¿aló?

—Buenas noches, ¿hay niñas?

Es un señor de edad, pregunta con timidez. Parece ebrio. Seguro es un hombre solitario.

—Claro que hay niñas —responde con pasmosa tranquilidad el administrador.

—¿Y hasta qué horas hay servicio?

—Hasta las dos.

—Bueno, gracias.

—Muy bien —dice el desconfiado guardián del telefonista.

Caminan desesperados en busca de un botín mayor. Parecen desilusionados. En susurros, y para evitar que me escuchen, le comento a mi amigo, el libretista.

—Si no metés esta secuencia en la serie te capó.

—¡Pero claro! —afirma.

Después de una hora el frío es insostenible. Solo se escucha el lloriqueo de una niña y el sonido de las suelas de los tenis contra el suelo embaldosado. Me duele la espalda. Voy a cumplir treinta y nueve años y ya no estoy para estar amarrado de pies y manos con tiras de tela. Me resulta impo-

sible levantar la cabeza. Al lado derecho veo las patas de la mesa de centro y a mi amigo. Al lado izquierdo la silueta curvilínea de una de las mujeres. Calzan Adidas, Puma y Nike. Ha pasado más de una hora y el tiempo sigue avanzando. Me imagino cómo nos veremos desde arriba y encuentro la imagen algo cómica: ocho putas de minifalda y seis clientes amarrados bocabajo.

Por teléfono el jefe de la banda le indica a alguien que han terminado. Un cliente, seguramente horrorizado por el temperamento de su mujer, toma fuerzas y se pronuncia.

—Hermano, devuélvame el anillo de compromiso —suplica.

El cabecilla no puede contener la risa. Es una risa fingida. Déspota. Es la risa de un payaso diabólico.

—¿Quién tiene el anillo de este doble hijueputa?

—Yo —dice otro, un poco apenado.

—Entrégueselo, ya tuvo bastante para que su esposa también lo regañe.

Se marcharon no sin antes darnos las gracias. Al cabo de diez minutos logramos desamarrarnos. Dos de las niñas rompieron en llanto. Las calmé, les expliqué que pudo haber sido peor. De mariposazas cazadoras a niñas frágiles. Todas tienen los tobillos marcados. Teléfonos celulares, dinero en efectivo, bolsos, las cervezas del refrigerador. Eso se llevaron. La complicidad del cautiverio nos reúne en torno a la barra. Servimos un vaso de vodka puro y lo compartimos. En el suelo hay ropa, documentos de identidad, forros de celulares, tarjetas de crédito. Al final, Milena, que viene de un cuarto en donde ellas guardan sus pertenencias, aparece exhibiendo un enorme vibrador, una serpiente bicéfala color azabache.

—Bueno, al menos nos dejaron esto —exclama con una mueca malvada. ☘



Estilario

por RAÚL TRUJILLO

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Y por la vida va Yola, a paso firme con su modo ecléctico del más allá. Mas allá del tiempo, del pudor, del recato o de la moda va libre en su estilo único y particular. Con elementos venidos de otras realidades y contextos ha seleccionado del imaginario global, para sí, una estética que es su propia marca. Actúa como editora. Estos Dj de la moda con conciencia digital representan a los seguidores fashion del remix y la mezcla, que nacieron con las raves de los 90 y se hicieron forma de vivir, ser y actuar. Mezclar, remezclar y yuxtaponer sin prejuicios ni ataduras parece ser la lúdica que a muchos seduce, sin importarles, por suerte, los límites que definen al disfraz. La gorra de chico inglés de suburbio industrial de finales del siglo XIX —el que sea o aparente ser de fieltro o paño de lana del british cuenta da— le imprime un aire callejero (antes: gamin) a semejante rostro flor, voluptuoso y sensual. Todo se suma en esta nueva belleza del Caribe que refleja nuestro espíritu receptivo y vital. Gruesos labios mestizos como fruta, en tenue coral, ojos resaltados en calipso y la columna erguida cual palmera al caminar va.

Los tatuajes resaltan sobre la piel blanca, como en Escrito en el cuerpo, o al menos así se tradujo el título de la película de Peter Greenaway, originalmente The pillow book, del 96, en la que las pieles de los amantes son usadas como pliegos de papel de seda para escribir un relato de pasión en interminables sesiones de caligrafía y tatuajes. Dicen que impulsó el regreso del tatio a los espacios urbanos, no solo a los relegados, los de las minorías marginales, sino también a los salones de moda donde los individuos liberados de tendencias y modelos lo emplearon para salirse de la masa y dejar de ser uno más. Las top no se dejarían nunca marcar.

Sobre Yola, estratégicamente ubicados, hermosos, se mezclan posiblemente un dragón oriental con un colibrí de por acá, y la piel se pone de gallina al pensar lo que esta ecléctica atrevida dice con sus imágenes, sin ponerse en el trabajo aburrido de intentar comprender y aún menos un relato elaborar. Ella solo porta imágenes e iconos que le inquietan y atraen, los apropia y acumula, de la misma manera elige una indumentaria cargada de connotación. "Simple ni muerta" pareciera decir cuando el corsé boudoir devenido en gothic-punk choca contra las dinámicas líneas neón de tensión y señalización del elástico a la cintura de la falda, que como trazos de freeway la envuelven, demarcando una zona limítrofe entre la tersa piel del abdomen y la anquilosada estética del diseño textil bicolor —llamado pata de gallina, un clásico de los textiles en lana copiado en mil versiones, hasta por las estrellas del pop con la icónica estampación— de la falda en planos asimétricos que renueva el imaginario de este material, acercándolo al mañana. Y de ayer son los botines gris ratón, de atadura y grueso tacón, que ni en la imagen estática logran asentar en tierra el tintineo, el ímpetu latino de Yola al taconear que, imagino por su actitud, más parece danzar.

El brazalete de odalisca en la izquierda y para equilibrar, como siempre hizo el barroco al buscar simetría sin repetición, unas manillas tejidas en telar maya, muy coloridas; todo de aspecto artesanal. Yola nos dispensa una neoversión de un posible estilo trans que rompe pero no violenta, que exhibe sin vender, que enseña al recrear una nueva realidad. ☪

Yolanda es asesora comercial

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE
PRESENTA

LA VORÁGINE X LOS EJÉRCITOS

ORTA TIERRA

Dirección y dramaturgia
JUAN CARLOS MOYANO

"Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia"

Versión de la novela de José Eustasio Rivera

MAYO 17 2012 8:00p.m. Viernes

MAYO 18 2012 8:00p.m. Jueves

"Es tarde dice con mortificación, tarde para este pueblo; quién sabe para el mundo"

Versión de la novela de Evelio José Rosero

Boletería e informes taquilla del teatro

CLASE MAESTRA Y CONVERSATORIO 16 DE MAYO
Entrada libre

www.teatrotierra.org www.teatropablotobon.com

CONFAR EN LA CULTURA

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE
INFORMES 239 75 00

Disfrute la mejor y más rica
pizza de Medellín

la Grande PIZZA

Grande en todo

- Calzone estilo Italiano • Lasagnas
- Crema de Tomate • Jugos de pura fruta

Carrera 42 No. 50 A -34
Córdoba con la Playa junto al Pequeño Teatro

Domicilios 239 26 21

Abrimos de lunes a sábado de 12 m a 10 p.m.

Tangos y milongas de domingo a domingo

La Boa cantina constrictor

Calle 53 No 43-59
Maracaibo
Tel. 239-3580

Servicio a domicilio

Cigarrería
Girardot

Lunes a sábado
Venta de licores y confitería
Cerveza

Cra 43 Nro 52-65
Tels. 239 5180 - 239 6044

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

UNIVERSO CENTRO

www.universocentro.com



El amante de Lady Chatterley

por ÁLVARO CASTILLO GRANADA

Ojos que parecen vagar por siempre, que reparan en todo pero no llevan pensamientos a la cabeza, ojos desprovistos de la visión, fulgurantes solamente cuando los sentidos se complacen...

Anais Nin (citada por Wendy Guerra)

¿Qué es lo que espera Ada, sentada al fondo de la librería? ¿Qué es lo que mira sin brillar, como atravesándolo, como asustándolo, sin que su mirada se detenga? Sin ir a ningún lugar, sin ver aparentemente más allá de esa puerta con cristales que siempre están sucios —y en ocasiones rotos—, con su marco de gris metal, adornada solamente por un letrero de cartón, recortado sin pulir, donde alguien escribió con una pluma azul, por un lado: ABIERTO y por el otro: CERRADO. ¿Qué miran esos ojos negros, inmensos como uvas? Su mentón apoyado en la mano derecha, sobre la pierna izquierda, siempre cruzada sobre su compañera, con la saya aún más corta, que mis ojos abiertos como soles no pueden dejar de mirar. ¿Sabe que la miro? ¿Me ve mirarla? Si encuentro algún libro o revista me acerco a ella, interrumpo su mirar, y una de sus manos toma el talonario de facturas, la otra una pluma, se fija qué precio tiene escrito a lápiz en la primera página, y anota el título y el valor. Arranca la factura y la mete, dejándola vibrar, en el libro que acabo de escoger para que me acerque adonde su otra compañera, sentada

detrás de la caja registradora. Sobre ella transcurre el tiempo mejor: siempre está más linda. Es como si la adornara y no pasara sobre ella. El tiempo es el marzo donde ella mira. Sé su nombre porque se lo pregunté una vez en un arrebato de valentía. ¿Adónde mira? ¿Qué ve en el Parque de la India que yo no reconozco? Sus ojos se iluminan esta vez. Encontré en el estante de libro de uso *El amante de Lady Chatterley*, de D.H. Lawrence, epilogado por Alberto Garrandés. Lo dejé en su manos mientras ojeo unas revistas (no vaya a ser que alguien más se lo vaya a llevar). Regreso y está mirándolo. Me lo extiende. No deja de observarlo. Voy a la caja y lo pago. Cinco pesos. Pido una pluma prestada. No hay. Entonces un lápiz. Borro el precio y escribo: "Para Ada, este libro que no dejó de mirar". Me devuelvo y se lo extiende con mi mano izquierda. No entiende qué pasa: "No, no es otro, mira la primera página". Lo abre. Lee mis palabras. Se sonríe. Por primera vez en mi vida la veo sonreír. "Gracias", dice. "De nada. Disfrútalo". Me voy. Sé que me ve irme. Sé por primera vez hacia dónde miran sus ojos negros, grandes como uvas: a alguien que se marcha después de dejar en sus manos un libro que —no tiene por qué saberlo— despertó la imaginación del joven lector, que fue antes de que todo fuera y de que el cuerpo y el placer existieran. ☪

Un matrimonio a conciencia

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

A punto de empezar la ceremonia, llovía. En la puerta de la capilla estaba el novio, vestido de traje gris plata. Los invitados se apretujaban a la entrada, pero seguían en estricto orden hacia el interior. Pensé que era el novio quien guiaba el paso, pero no, los invitados lo hacían mecánicamente. El pasillo central de la capilla estaba despejado, parecía como si lo enmarcaran a lado y lado dos de esas gruesas líneas amarillas que nadie se atreve a cruzar. Para acomodarse en las butacas, primero pasaban los niños, luego una mujer embarazada, un anciano y después el resto de los presentes. Llegó la novia, de blanco ceñido al cuerpo, arrastrando la cola empapada del vestido. Caminé erguida por el pasillo, sonriendo y saludando aquí y allá, los ojos muy abiertos, asustada. El novio esperaba en el altar como un vigilante al final de la pasarela. Sonó una alarma —de algún carro en el parqueadero— y se cerraron las puertas de la capilla. Arrancó la ceremonia. Próxima estación: Matrimonio. El cura saludó y empezó a hablar. Todo parecía normal, la lluvia seguía cayendo y ronroneaba sobre el techo de la capilla. A ratos uno sentía que el lugar arrullaba, como si se moviera cadenciosamente. Llegó el momento de los salmos y un hombre alto, muy serio, rapado y con gafas de marco grueso, se acercó al atril para leer. "Al salmo respondemos...", dijo. Cesó la lluvia, la capilla se detuvo, se despertaron los asistentes, quedé hipnotizado por esa voz. "Dejar entrar es salir más fácil", entendí que dijo y sentí como si alguien me hablara desde muy adentro de mi mismísimo cráneo. Miré al atrio y era como si estuviera viendo, con mis propios

ojos, a La Conciencia. Rapada y con gafas gruesas. Esa voz, esa voz, deliraba. Miré a la mujer que estaba a mi lado, pero no pareció sorprenderse con mi cara de espanto. No soy masoquista, yo no quería saber cómo era mi conciencia. Me empujé levemente con su hombro, pues por un instante tuve la compulsión de salir corriendo, queriendo romper el hechizo; pero no podía, sentía el salmo retumbando que me decía: "Señor usuario, recuerde que por su seguridad la línea amarilla es una señal preventiva, evite pisarla o sobrepasarla...". En la butaca de adelante había un hombre que se dudaba si aventurarse a salir al pasillo. Miró hacia la parte trasera de la capilla y vio la puerta cerrada... "Señor usuario, recuerde que por su seguridad no entre ni salga después de escuchar la señal de cierre de puertas", decía la voz. Miré al hombre y quise preguntarle si estaba escuchando lo mismo que yo. La voz volvió a repetir el coro del salmo, entonces el hombre se giró y me dijo: "los niños deben ir tomados de la mano de un adulto responsable y alejados de la línea amarilla" y soltó una risilla maliciosa, como poseído. "SHHHHH", le dijo una mujer que estaba a su lado y le dio un codazo. "¿Usted oye esa voz?", le susurré a la mujer que estaba a mi lado, muy preocupado. "¿Cuál? —dijo— ¿La del atrio? ¡Muy gracioso! Es el hermano de la novia que trabaja en el Metro, es la voz oficial que uno oye por los parlantes de las estaciones". Entonces volví a oír la lluvia, cayendo sobre el techo, y sentí aliviado el vaivén de la capilla, que se dirigía a la próxima estación. ☪



Ilustración por Daniel Gómez Henao

LA LIBRERÍA DE OTRAPARTE

Calle 27 Sur N° 43A - 61
Teléfono: 302 42 18
www.otraparte.org



El virgen milagro del fútbol americano

por DANIEL PACHECO

Ciento once kilos de músculo y hueso corriendo a 28 kilómetros por hora con un balón ovalado en el nombre de Jesús. Ese es Tim Tebow. Un gigante de 24 años, casto y puro hasta el día de hoy a pesar de haber sido, durante 4 años consecutivos, el mejor jugador del equipo de fútbol americano de su universidad, los Gators de la Florida. Eso dice él. Y a Tim Tebow todo el mundo le cree.

Tim Tebow: Se pronuncia ti-bou. Su nombre sale de la boca disparado por la aliteración y explota en un final abierto, onomatopéyico: ¡Bou! Un metro noventa y un centímetros de puro blanco, anglosajón, bautista, americano arrodillado sobre la cancha, rezando.

¡Bou! Un mentón imponente, ojos azules inocentes y pelo castaño claro mirando al cielo después de una anotación. ¡Touchdown!

Tim Tebow... nadie en Estados Unidos pude dejar de repetir su nombre, de verlo en la televisión, de comprar sus camisetas. Es la Tebow-mania. Todo comenzó en lejanas tierras filipinas, Tebow entró al mundo con un sino marcado desde el alumbramiento: triunfar contra todos los pronósticos. A su ma-

dre, la esposa de un misionero bautista que evangelizaba en la ciudad de Makati, le dio disentería mientras estaba embarazada. La purgaron y sufrió una separación de placenta. Temiendo la muerte del feto los médicos le recomendaron que abortara. En cambio, tenemos a Tim Tebow, el jugador de fútbol americano que nació untado de la salsa milagrosa, de la fe que sí funciona.

¿Tocado por Dios?

En la noche fría del 8 de enero, contra todos los pronósticos de su impreciso juego de pases largos, del brazo izquierdo de Tibow salió un balón perfecto disparado sobre las cabezas de los once contrincantes de los Steelers de Pittsburgh. Los Broncos de Dallas, que lideraba Tebow como mariscal de campo, estaban empatados luego de haber perdido los tres primeros partidos de los playoffs, y corría el sobretiempo en el cuarto juego de la serie a siete. A 73 metros Demaryius Thomas recibió un pase perfecto y corrió hasta la línea de fondo. En 11 segundos quedó sellado el partido: los Broncos remontaron y le dieron vida al sueño de llegar al Super Bowl.

Esa noche Tebow lanzó 316 yardas en la suma de sus pases conectados, un record de los playoffs en la NFL. Tuvo un promedio de 31.6 yardas por pase. Y en la cadena CBS su actuación marcó un rating de 31.6 puntos.

Sus fanáticos de las épocas universitarias con los Gators recordaron inmediatamente que Tebow solía pintarse el nombre de Juan, el avangelista, en una mejilla, y un "3:16" en la otra. Las redes sociales explotaron:

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." (Juan 3:16)

Después de ver a Demaryius anotar el touchdown, Tebow dejó caer una rodilla al piso, se tomó la cabeza, y rezó.

Al día siguiente "Juan 3:16" fue la búsqueda más popular en Google. Contra todos los pronósticos la biblia se convirtió en trendig topic, de la mano de Tim Bebow, el chico de la fe que sí funciona.

La caída

Los expertos en fútbol americano, ese deporte indescifrable para el resto del mundo, que arranca y para y arranca, interrumpido por trapitos de colores lanzados entre las montoneras, concuerdan en que Tebow es bueno, pero tiene defectos graves como mariscal de campo.

No es un Payton Manning, un Bret Favre, o un Dan Marino. Sus balones no surcan el aire girando limpiamente sobre su eje. Son generalmente granadas potentes que vuelan un poco torcidas. Es un jugador demasiado dependiente de su juego corporal. Comete muchos errores. ¿Por qué entonces un jugador menos que excelente se ha convertido tan rápidamente en la figura más popular de la historia del deporte Americano? ¿Del juego que define al self made man estadounidense? Hay algo irracional y exagerado en esta fascinación inmerecida dentro de la cancha, dicen muchos.

Al final de la temporada que terminó a principios de este año, cuando los Broncos finalmente fueron eliminados por los Steelers en el quinto juego de los playoffs, Tebow fue vendido a los Jets de Nueva York.

Hoy está banquero. Como ya lo había estado en el pasado con los Broncos, antes de entrar y romper una racha de derrotas y llevar al equipo a las finales de la NFL. Pero con la ayuda del señor, Tim Tebow, el chico de la fe que sí funciona, contra todos los pronósticos, resurgirá de la desgracia pasajera. Si es que es Tim Tebow, el único y verdadero. Y podrá cambiar el mensaje de sus pómulos.

"Tú, enemiga mía, no te alegres de mí, porque aunque caí, me levantaré; aunque more en tinieblas, Jehová será mi luz." Miqueas 7:8

¡Bou! ☪

Bocas de ceniza — por CAMILO JIMÉNEZ

Ser escritor

Ser escritor recoge escritos breves del argentino Abelardo Castillo, dramaturgo, cuentista notable, formador de escritores en talleres literarios. El libro incluye perfiles de escritores, consejos, memoria sobre el oficio, anécdotas, críticas. Lo más alimenticio del volumen, editado por Seix Barral Argentina, es el último capítulo, titulado "Mínimas". Aquí una degustación breve.

• Podrás beber, fumar o drogarte. Podrás ser loco, homosexual, manco o epiléptico. Lo único que se precisa para escribir buenos libros es ser un buen escritor. Eso sí, te aconsejo no escribir drogado ni borracho ni haciendo el amor ni con la mano que te falta ni en mitad de un ataque de epilepsia o de locura.

• Lo que dice Borges sobre los sinónimos es verdad: no existen. Can no es lo mismo que perro ni la palabra ramera tiene la dignidad de la palabra puta. Pero yo te recomiendo un buen diccionario de sinónimos. Uno quiere escribir: "habló en voz baja". Como eso no le gusta lo reemplaza por "voz queda", que es espantoso. Hojea el diccionario de sinónimos al azar y en cualquier parte encuentra la palabra pálida. Entonces es-

cribe: "habló con voz pálida", lo que está muy bien.

• Nunca adjetives en orden decreciente, nunca digas: "Era una montaña titánica, enorme, alta". Si no te das cuenta por qué, nadie puede ayudarte. Si adjetivaste en la dirección correcta tampoco te creas un gran estilista. Tal vez buscabas el último adjetivo y te olvidaste de borrar los otros dos.

• Nadie escribió nunca un libro. Sólo se escriben borradores. Un gran escritor es el que escribe el borrador más hermoso.

• Nunca escribas que alguien tomó algo con ambas manos. Basta con escribir las manos y a veces es suficiente una sola. La gente en general tiene cara, no rostro. No asciende las escaleras, sube por ellas. No penetra a las recámaras, entra en los dormitorios. Evitarás los ventanales y sobre todo los grandes ventanales. Dicho sea de paso, las ventanas no son de cristal, son de vidrio. Yo mismo los vasos. No digas que alguien empezó a cantar o a vestirse si no estás dispuesto a que termine de hacerlo. En los libros la gente empieza a reírse o a llorar en la página 3 y da la impresión de seguir así hasta que se

muere. Sé ahorrativo: si lo que viene al galope es un jinete, no hace falta el caballo. La inversa no se cumple. La palabra caballo viene misteriosamente sin jinete.

• No intentes ser original ni llamar la atención. Para conseguir eso no hace falta escribir cuentos o novelas, basta con salir desnudo a la calle.

• Cuidado con las computadoras. Todo se ve tan prolijo que parece bien escrito.

• En general cuesta tanto trabajo escribir una gran novela como una novela idiota. El esfuerzo, la pasión, el dolor, no garantizan nada. Es desagradable pero es así. No abandones la cama sin pensar en esto.

• No describas sino lo esencial. La posición de un pie, en casi todos los casos, es más importante que el color de los zapatos.

• No cualquier cosa, por el mero hecho de haberte sucedido, es interesante para otro. Esto vale tanto para escribir como para conversar.

• No defiendas tu libro argumentando que los críticos son escritores frustrados. Lo verdaderamente peligroso de un crítico es que sea un crítico frustrado.

• Leer una gran novela o un gran cuento es tan hermoso como haberlos es-

critos. Si nunca lo sentiste, no escribas ficciones ni, por el amor de Dios, te dediques a la crítica literaria.

• No publiques todas las estupideces que escribas. Tu viuda se encargará de eso.

• Lo que llamamos estilo sucede más allá de la gramática. "No es lo mismo decir: ahí está la ventana" que "la ventana está ahí". En un caso se privilegia el espacio; en el otro, el objeto. Toda la sintaxis es una concepción del mundo.

• Nunca pidas que te presten un libro. Los buenos libros se compran o se roban.

• No creas en las máximas de los escritores. Tampoco en éstas. Lo que cautiva de una máxima es su brevedad; es decir, lo único que no tiene nada que ver con la verdad de una idea. ☪

Abelardo Castillo

SER ESCRITOR

Abelardo Castillo
Ser escritor

CELEBRA EL DÍA DE LA MADRE CON

LA PÂTISSERIE FRANÇAISE

JULIEN Y CYRIL LOS INVITAN A DESCUBRIR LO MÁS SORPRENDENTE Y DELICIOSO DE LA REPOSTERÍA Y LA PANADERÍA FRANCESA

Tartaletas dulces y Quiches, Croissants, Panes de chocolate y Brioches.

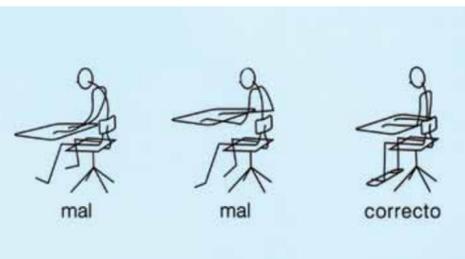
Pedidos con 24 horas de antelación. Servicio a domicilio.

Tel: 3115515 / 2622346
lapatisserie2012@gmail.com



andrea
katich
kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatich@une.net.co





LABERINTO

 PRESENTA



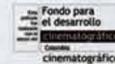
¿Qué hay para la cabeza?
La verdadera historia de la guerra contra las drogas.

Estreno en Medellín en PARQUE EXPLORA el jueves 10 de mayo a las 6:30 pm.
En conversación con Alessandro Angulo. Entrada libre.

EN COPRODUCCIÓN CON Ataca Films | CON EL APOYO DE Programa Ibermedia - Fondo para el Desarrollo Cinematográfico FDC - Caracol Televisión
 NARRADO POR Felipe Botero | INVESTIGACIÓN Ximena Ospina H. | DIRECCIÓN DE FOTOGRAFÍA Nicolás Galeano |
 MÚSICA Diego Amorcho | SONIDO DIRECTO Carlos Rincón | DISEÑO SONORO Y MEZCLA FINAL Ricardo Escallón |
 MONTAJE Ricardo Pinzón | ANIMACIÓN Y GRÁFICA Juan Camilo Lezaca | COMUNICACIONES Laboratorios Black Velvet |
 PRODUCCIÓN EJECUTIVA Diana Camargo B. | GUIÓN Y DIRECCIÓN Alessandro Angulo Brandestini |

© Laberinto Producciones, 2012
 www.laberinto.co






JOHN

C

A

G

E

PROGRAMACIÓN:
Inicio de Escuela de
Visitantes / Talleres de
Sensibilización:
abril 28 hasta agosto 18.
Apertura Central del
Homenaje a John Cage:
Músicas + Conversaciones
+ Exposición de Artes
Visuales: 12 de septiembre.

EL MAESTRO DEL AZAR PLANEADO

PROYECTO DE CIUDAD LIDERADO POR
EL CENTRO CULTURAL AUDITORIUM MAXIMUM.
COLEGIO ALEMÁN DEUTSCHE SCHULE – MEDELLÍN

Presidente: Hans U. Steinhäuser J
Dirección General y Curaduría: Lucrecia Piedrahita
Coordinación de Mercadeo: Diego Vélez
Coordinación Escuela de Visitantes: Wolfgang G. Tirado
Referente especial: The John Cage Trust. Laura Kuhn
-Executive Director-. Bard College, New York.

SOCIOS BENEFACTORES:

EPM + Universidad EAFIT + Banco de la República + Parque Explora + ITM + Universidad Nacional
- Sede Medellín + Sala U + UPB + Museo de Arte Moderno MAMM + Museo de Antioquia + Museo
El Castillo + Bellas Artes + Comfenalco + Casa Tres Patios + Yamaha Musical

SOCIOS MEDIÁTICOS

Radio Bolivariana + Cámara FM + Emisora Universidad de Antioquia + UN Radio +
La Boca del Lobo + Universo Centro + Teleantioquia + Metro de Medellín + Oviedo + El Tesoro +
Unicentro + Periódico El Mundo + Opción Hoy + Televida + Procinál.

INFORMES: auditorium@colegioalemanmedellin.edu.co

culturadeautor@gmail.com

Carrera 61 Nro. 34-62 Itagüí, Colombia / Tel: 2818811 Ext. 235 - 230

www.colegioalemanmedellin.edu.co / www.auditoriummaximum.org.co

Y en cada uno de los canales de comunicación de los socios del proyecto.

Auditorium
Maximum

CULTURA DE AUTOR
Grupo World / Deutsche Schule
Medellín - Colombia

